



SELECCIÓN DE
Prosistas Castellanos
POR J. DEMURO
Libro de lectura y de iniciación
al estudio del idioma

4.07876

PROPIEDAD REGISTRADA

Este libro, y todos los de la «Editorial Estudio», de Juan Ortiz, se hallan a la venta en las librerías escolares, y en la Librería Pedagógica, Desengaño, 18.-Teléfono 13137. Apartado 999. - Madrid.

Imprenta Torrent, Santa Teresa, 16.-Madrid

Selección de
Prosistas
Castellanos

LIBRO DE LECTURA
Y DE INICIACIÓN AL ESTUDIO DEL IDIOMA

POR

J. DEMURO

PRIMERA EDICIÓN



R. 27.119

1929

JUAN ORTIZ

EDITOR

MARQUÉS DE TORRELAGUNA, 20.-TELÉF. 53910

CIUDAD LINEAL - MADRID

L. E. 1876

Al Magisterio

ASPIRAMOS únicamente con este librito a despertar el gusto literario de las niñas y los niños que asisten a nuestras escuelas.

Principiamos por nuestros actuales literatos y, por orden rigurosamente cronológico, vamos retrocediendo hasta llegar al principio de la lengua castellana, con Alfonso X el Sabio, que es lo más difícil de leer y de entender, sobre todo para los pequeños.

Los comentarios que hacemos al final de algunos capítulos no tienen más objeto que obligar a los alumnos a que se fijen en la forma y en el fondo de cada trabajo, para evitar, en lo posible, la lectura mecánica. Si con ello logramos contribuir a que en nuestras escuelas primarias se razone cada vez un poco más, se dará por satisfecho vuestro compañero,

J. DEMURO



CARTA INFANTIL

Mamá, tengo que decirte muchas cosas; por eso no te enfades si no te escribo en francés. De los bombones que me trajiste, no me comí ni media docena. La buena madre los repartió de merienda entre todas las niñas. Estoy muy triste. Me ponen unas lecciones muy largas y todos los días nos dan pasas de postre. Yo me como los rabbitos para tener memoria; pero con la historia de Francia y de España me hago un barullo, que estoy loca. El piano también es muy fastidioso, y la madre Galán tiene muy mal genio. Dice que la música domestica a las fieras; pues a ella no la ha domesticado. En cuanto una tropieza un poquito, la deja sin pasas. El otro día dejó a toda la clase, sin motivo. Es decir, con el motivo de que se habían concluído las pasas y se les olvidó mandar por más, y a la hora del almuerzo no había postre. A Pepita Cortázar la sacan del colegio el mes que viene. Su mamá le ha traído un aya de Londres. Tiene una mamá muy buena y

muy guapa. Cuando viene a verla, viene en coche y muy elegante. Pepita dice que su mamá tiene cincuenta vestidos, uno todo bordado de oro, y que en su casa todo es de plata; pero las otras niñas dicen que es una mentirosa, que su papá está cesante y que en su casa no comen más que sopa y cocido, y de almuerzo los garbanzos que sobran del día antes, fritos con patatas. ¡Y a mí que me gustan tanto los garbanzos fritos! No sabía yo que era feo comerlos. En casa de Antoñita Castuero es donde dice Conchita Valle que comen muy bien y dan bailes. El otro día trajo un periódico que hablaba de uno y ponía los trajes de las señoras, y a Pepita, que nos dijo que su mamá había estado con un traje de terciopelo y un collar de brillantes, la dejamos por embustera, porque el periódico no decía nada de su mamá. Pepita, que es una antipática, nos dijo que su mamá no iba a esos bailes porque eran cursis, pero que iba a Palacio y al Ayuntamiento y bailaba con todos los ministros; y cuando iba a algún baile, la regalaban tantos dulces y jamón y pavo trufado, que tenían para comer tres días en su casa. «Entonces saldréis de los garbanzos», la dijo Isabelita Casares, y Pepita la pegó y la arañó y dijo en francés una cosa muy fea de la mamá de Isabelita, una cosa que traía el periódico y dice la buena madre que es pecado. A Conchita Vega la castigaron sin recreo, porque la encontró la madre Turón bus-

cando en el *Diccionario* la palabra. ¡Pobre Conchita! Lo que ella dice: «¡Dichoso *Diccionario*; nunca que busco una palabra la encuentro y me castigan encima!» Mamaíta, ya está cerca mi santo. ¿Vas a comprarme el vestido que me prometiste? Ya ves que estudio mucho, y si no fuera por la Historia, sería la primera de la segunda sección, después de Carmencita Menéndez, que es la más aplicada. Adiós, mamaíta; hasta el domingo que viene. Muchos, muchos besos.

* * *

Cuando vengas a buscarme no vengas en el tranvía; ven en el coche, porque Pepita, para hacerme rabiar, dice que no tengo coche y que tú no vas a Palacio.

Jacinto Benavente

(De «*Cartas de Mujeres*».)

Fíjate, lectorcito amigo, en que el glorioso autor de esta carta se propone con ella, como en casi todas sus obras, revelar—con la fina ironía que caracteriza a Benavente y quizá un poco abultados para que se vean mejor—los vicios y defectos de la sociedad para que, al verlos reflejados en su espejo, se arrepientan de ellos y procuren enmendarse volviendo a la vida sencilla, humilde y sin ambiciones, que es la única que produce la verdadera felicidad.

LECCIÓN DE PEDAGOGÍA

ALBERTO.—Señora Marquesa, ¿me permite usted una observación?

ELVIRA.—¿Se ha molestado usted por las que yo me he permitido hacerle?

ALBERTO.—De ningún modo, señora Marquesa. Mi observación es suplicar a usted, a todos, que no motejen al niño de continuo de fiera, de salvaje; que no se anticipen ustedes a sus travesuras previniéndole: «A ver lo que haces.» «Ya harás alguna de las tuyas.» «No harás nada bueno.» Es natural condición humana afirmar nuestra personalidad, sobresalir por algo; si el niño comprende que lo sobresaliente en él es ser malo, procurará ser cada vez peor. Muchas veces, el que nos crean mejores de lo que somos nos obliga a serlo. Es preciso conceder créditos de bondad y de inteligencia. Si no temiera molestar a la señora Marquesa me permitiría contar algo que yo oí muchas veces contar a mi padre, que era un gran educador.

ELVIRA.—Cuenta usted, me interesa mucho.

ALBERTO.—Contaba mi padre que a una amiga suya, desgraciadísima en toda su persona, se le ocurrió hacerse retratar por un pintor glorioso; el pintor no era un pintor realista por fortuna, y ante tan desdichado modelo dejó rienda suelta a su fantasía, y el resultado fué el retrato de una mujer tan hermosa que en nada se parecía al modelo. El retrato, naturalmente, fué la irrisión de todo el mundo como retrato. «Pero ¿ésta es fulanita?—decían— ¡Qué más quisiera!» «¿Pero tendrá valor de decir que este es su retrato?» Y aquí entra el milagro que mi padre refería: aquella mujer, tan desgraciado modelo para su retrato, halló en aquel retrato tan favorecido su mejor modelo, y por arte de composuras, de asimilación, de magia, si se quiere, con asombro de todos consiguió llegar a parecerse a su retrato, que ya no dió que reír y ya no le pareció a nadie tan distinto de la realidad primera. Pues esta historia del retrato favorecido es todo un sistema de educación. ¿No lo creen ustedes?

.....

(Escena XI del acto 2.º de la obra «¡No quiero, no quiero!»)

LECCIÓN DE AMOR

ELVIRA.—... Es la primera vez que he visto a mi hijo interesarse por alguien. ¿Es que quieres a don Alberto?

MATITO.—Porque él me quiere a mí.

ELVIRA.—¿Sabes tú que él te quiere?

ALBERTO.—Es verdad; pero no creí que él lo supiera.

MATITO.—Sí me quiere. Cuando me ha sacado del agua y creía que yo me había ahogado, le he visto que lloraba.

ALBERTO.—Sí, eso sí.

ELVIRA.—Pues quiérole mucho, y haz todo lo que él te diga, para ver si eres bueno, y entonces verás cómo todos te queremos.

MATITO.—¡Vaya una gracia! El caso es quererme como él me ha querido cuando yo era malo con él y él sabía que yo no le quería ni pizca.

.....

Jacinto Benavente.

(Escena XV del acto 2.º de la obra mencionada.)

HILA TU RUECA, ARAÑA

Hila tu rueca, araña, que hace sol, que es verano; hilos de seda blanca, hilos de luz, tejed vuestra maraña en la zarza; hila tu canción, fuente, hila tu canción que el aire abrasa, que la tierra quema, que es verano; hila tu cristal, que es verano, arroyo que cantas, arroyo que corres, arroyo que vas sobre el prado verde, bajo el cielo azul; hila tus trinos, ruiseñor, que es verano; deja la noche, deja la luna, deja la dulce canción melancólica, sé alondra, sé alondra; y tú, alondra, refila tu cantar sobre los trigos bien tostados, sobre las amapolas, sobre el rojo pezón de las moras que tienen prisa por estarmaduras. ¿Canta el río? Que cante el río, que canten sobre el río las mimbreras, que canten más allá de las mimbreras los chopos, y más allá los robles que trepan por la loma, y más allá los pinos, los pinos negros, los pinos azules, los pinos violetas sobre el monte, con su voz profunda, confidencial y amiga, ¡que canten!, y los maizales con su quedo incesante murmullo agiten sus plumeros de plata blanca, y la plata de

sus hojas los álamos blancos, y los álamos negros digan con voz metálica su gozo, y canten codornices en los rastrojos, y cigarras en el polvo de los caminos, y grillos en las eras. Porque es verano, porque la luz es buena y el calor generoso, y el oro del sol es como vino de alegría; porque es verano, y salta la sangre, y la carne palpita, y el alma tiene gana de cantar, y de besar los labios. ¡Oh, el agua fresca sobre la carne blanca, los pies desnudos en los arroyos, en el río el ámbar y el rosa de los cuerpos jóvenes y el chapoteo que suscitan las manos impacientes, y la espuma que salta y brilla al sol, y las risas locas, y las batallas de agua, y la perlería de palabras incoherentes! ¡Oh, el aire tibio sobre las frentes húmedas, sobre las cabelleras empapadas, sobre las manos un poco pálidas al salir del baño! ¡Oh, el dulce y misterioso sopor de la siesta! El portal encalado, los sillones de mimbre, los geranios rojos junto a la cancela, la cortina de lona que se agita quedo, los ojos que se entornan y siguen aquel rayo de luz donde baila el polvo de oro... Y ¿en el polvo de oro la trama de los sueños? No, no; la alegre trama de las historias reales, de la vida gozosa, del amor alegre, de los labios rojos, de la risa que está en la vida; porque es verano, porque las abejas zumban y trabajan, porque los girasoles cabecean, porque el romero tiene flores azules, porque las adelfas balancean en el viento cálido su coral y su

nieve, porque huele a tormenta, a tierra, a búcaro, y caen los chaparrones sobre las parras, y en las hojas peludas de las higueras rebota el agua haciendo ruido; y luego sale el sol, y el jardín ríe recién lavado y fresco, y ríen los niños que estaban guarecidos en los pórticos y que ahora corren por las sendas buscando las frutas que se han caído; porque es verano, porque es la estación de oro, de luz, de rojo, de claveles y nardos y rosas de cien hojas. ¡Hila tu rueca, araña; hila tu trino, alondra, arroyo, fuente, río, agua que corres, hila tu canción!

Gregorio Martínez Sierra.

(De «La Vida Inquieta».)

Aunque esta escena está escrita en prosa, como habrás observado es poesía pura. Su estilo, modernísimo, delicado y sutil, quizá, por tus pocos años, te parezca confuso por la variedad y riqueza de imágenes, por las múltiples sugerencias.

Pero si haces un esfuerzo de atención, tal vez distingas el primoroso cuadro de estío que nos pinta, en pinceladas sueltas, a veces desconcertantes, pero que miradas en conjunto resultan una acabada y armoniosa pintura de estío.

ALEGRÍA

LUCÍO. — Cuente usted lo der repique, zeñorita
Conzolación.

DOÑA SACRAMENTO. — ¿Lo del repique?

CONSOLACIÓN. — Sí. ¿No ha oído usted repicar en
el Carmen?

DOÑA SACRAMENTO. — Con gran sorpresa, ciertamente.

CONSOLACIÓN. — ¡Pues he sido yo!

DOÑA SACRAMENTO. — ¿Tú?

CONSOLACIÓN. — Yo.

JULIO. — ¿Tú, prima?

CONSOLACIÓN. — Yo, yo.

LUCÍO. — La zeñorita ha zío.

DOÑA SACRAMENTO. — ¡Virgen de las Angustias!

JULIO. — ¿Campanera también?

CONSOLACIÓN. — ¡Campanera y sacristana y cuanto hay que ser en el mundo! Verá usted, tía. No arrugue el entrecejo: alégrese conmigo, por Dios. Volvíamos las muchachas y los muchachos char-

lando y riendo del casamiento de los gitanos, y al pasar por el Carmen dijo una: «Vamos a entrar a rezarle a la Virgen.» Y entramos todos a rezar. En esto, yo, que rezo más aprisa, me levanto y me subo a la torre, recordando mis siete años. Lo mismo fué verme, que todos a la torre conmigo. ¡Qué barullo! ¡Qué risa por aquella escalera, oscura como boca de lobo! Cuando llegamos al campanario nos deslumbró la luz. ¡Es gloria del cielo lo que se ve por aquellos ojos de la torre! Al sentirnos, una bandada de palomas se echó a volar. La mañana era hermosa; el aire, fresco y saludable. El sol parecía que pintaba de amarillo el trigo, de rojo las amapolas, de blanco el pueblo, de verde los pinares... Temblaba yo, mirando todo aquello, de emoción, de alegría, de ganas de vivir... Allá lejos, muy lejos, había unos hombres encorvados segando la mies... Quise yo en un momento levantar el vuelo como las palomas, saltar, gritar, cantar como un pájaro; quise yo agradecerle a Dios la vida que me dió, los ojos que me puso en la cara y la alegría que me puso en el corazón para ver y sentir todo cuanto veía y sentía; quise yo llevarles, comunicarles mi bienestar a aquellos campesinos, alegrar su trabajo penoso, hacerlos descansar un instante siquiera... Sentí el impulso de los momentos buenos, estalló mi corazón en risas y en lágrimas, y ni visto ni oído: sentido y hecho: cogí la cuerda de una de las campanas y empecé a



voltearla como si hubiera sido campanera toda mi vida. ¡Talán tan! ¡Talán tan! Se estremeció el aire. En la torre se armó un revuelo de risas y gritos que ensordecía. Lucío se agarró a otra campana. Un monaguillo, contagiado también y encantado con la indisciplina, se agarró a otra. ¡Talán tan! ¡Talán tan! ¡Talán tan! ¡Talán tan! Parecíamos locos. Las palomas, que habían vuelto a la torre, echaron a volar otra vez... Y algunos de aquellos hombres que trabajaban lejos, levantaron los cuerpos que tenían inclinados sobre la tierra, y un buen rato estuvieron mirando hacia arriba; hacia la torre, hacia el cielo. Ya sabe usted, tía, por qué ha habido esta mañana repique en el Carmen.

J. y S. Alvarez Quintero.

(De «El genio alegre».)

¿Veis, amiguitos, la sana alegría que respira esta escena escrita por los ilustres hermanos Quintero? Pues así es toda su extensa y admirable obra.

La alegría, indispensable para la salud del cuerpo y la del alma, debe ser nuestra inseparable compañera, aun en los momentos de mayor contrariedad.

No sólo tenemos el deber de estar siempre alegres, sino el de sembrar alegría a nuestro alrededor. Tenedlo muy presente.

EL PRISIONERO

Es por el mes de mayo. La tierra respira vitalidad y sensualidad. Ya los árboles están cubiertos de follaje nuevo. La luz tiene una viveza que antes no tenía; las sombras—la del alero de un tejado, la de un viejo muro—adquieren imperceptibles colores; sombras rojas, sombras violetas, sombras azules. Canta el agua como antes no cantaba, y sentimos un irreprimible deseo de ahondar nuestras manos en las fuentes claras, límpidas y frescas. Los insectos zumban; pasan rápidos en el aire los panzudos y torpes cetonios que van a sepultarse en el seno de las rosas...

Un prisionero está en su cárcel. No puede él gozar de la naturaleza que despierta exuberantemente. Su encarcelamiento es rigurosísimo, cruel, bárbaro. Oscuro completamente es su calabozo; no entra en él la luz del día. *Ni sé cuándo es de día ni cuándo las noches son*, dice lamentándose el prisionero. Es decir, sí lo sabe; mejor dicho, lo adivina.

Llega hasta el calabozo el canto de una avecilla; cuando esta avecilla canta, el prisionero sabe que ya en el mundo es de día y que los seres, las plantas, las cosas—¡todos menos él!—gozan de la luz del sol. Esta avecica (como la arañita de otro célebre prisionero) era su único consuelo. ¡Cómo llegaban hasta su alma angustiada los trinos de este pajarito libre y feliz!

Y ya el prisionero no oye esta avecica: *Matómela un ballestero. ¡Dele Dios mal galardón!*

.

Romances, romances viejos, centenarios romances: ¿Quién os ha imaginado y qué voces os han cantado en las viejas ciudades españolas, en los pasados siglos?

José Martínez Ruiz (Azorín).

Observad la delicada poesía que contiene este romance, y elevad un piadoso recuerdo a los desgraciados que viven separados de la sociedad. No siempre sus delitos fueron voluntarios, sino que, en algunos casos, quizá los cometieran por insuficiencia mental (como hay quien es corto de vista o torpe de oído) o por la mala educación que recibieron.

JUEGOS DEL ANOCHECER

Cuando, en el crepúsculo del pueblo, Platero y yo entramos, ateridos, por la oscuridad morada de la calleja miserable que da al río seco, los niños pobres juegan a asustarse, fingiéndose mendigos. Uno se echa un saco a la cabeza, otro dice que no ve, otro hace el cojo...

Después, en ese brusco cambiar de la infancia, como llevan unos zapatos y un vestido, y como sus madres, ellas sabrán cómo, les han dado algo de comer, se creen unos príncipes:

—Mi pare tié un reló e plata.

—Y er mío, un cabayo.

—Y er mío una ejcopeta.

Reloj que levantará a la madrugada, escopeta que no matará el hambre, caballo que llevará a la miseria...

El corro, luego. Entre tanta negrura, una niña forastera, que habla de otro modo, la sobrina del Pájaro Verde, con voz débil, hilo de cristal acuoso en

la sombra, canta entonadamente, cual una princesa:

Yo soy laaa viudiiitaa
del Condeee de Oréé...

...¡Sí, sí! ¡Cantad, soñad, niños pobres! Pronto, al amanecer vuestra adolescencia, la primavera os asustará, como un mendigo, enmascarada de invierno. —Vamos, Platero...

Juan Ramón Jiménez.

Este poema escrito en prosa, en admirable síntesis, es un fino terciopelo, cuya *urdimbre* es la melancolía (la del autor) y la *trama* la alegría santa (la de los protagonistas) de los niños todos.

¿Serías capaz, lectorcita amiga, de decirnos cuáles son los rasgos tristes y cuáles los alegres del anterior capítulo de «Platero y yo», ese gran libro para los pequeños?

Pero inmediatamente después de hacer ese análisis, recuerda lo que decíamos en la página 18, respecto a que la alegría es una necesidad, y repite con el ilustre poeta Juan Ramón Jiménez: «Cantad, soñad, niños pobres», que el cantar y el soñar es propio de las almas buenas, sanas y fuertes.

HIMNO A CASTILLA

Sagrada tierra de Castilla, grave y solemne como el mar, austera como el desierto, adusta como el semblante de los antiguos héroes; madre y nodriza de pueblos, vivero de naciones, señora de ciudades, campo de cruzadas, teatro de epopeyas, coso de bizarrías; foro y aula, templo y castillo, cuna y sepultura, cofre y granero, mesa y altar; firme asiento de la cruz y del blasón, del yelmo y la corona; crisol de oro, yunque de hierro: ¡salve!

Fuiste universidad y escuela del mundo; tendiste el brazo como un puente, sobre los mares; hincaste la planta en las cumbres para estar más cerca del cielo; hiciste lanza del corvo arado y mantuviste en los hombros, sin fatiga, la pesadumbre de la gloria. Tu vientre maternal dió tan copioso fruto, que, a no ensanchar sus límites el planeta, no cabría en él toda tu raza... Eres pobre, y sin embargo nutriste el caudal ajeno; eres vieja, mas aún tienes entrañas y bríos con que parir recios varones; cargada estás de siglos y desengaños y todavía mueves el cetro y gobiernas la heredad: te pareces a los sarmientos

generosos de tus vides, secos y nudosos, pero henchidos de savia y coronados de racimos.

¡Ancha tierra de Castilla! ¡Cómo se dilataban los horizontes bajo el duro callo de los corceles, bajo el airón de las cimeras, a los ojos aguileños de tus capitanes! Sudaba la carne heroica dentro de la fuerte armadura, y el corazón, semejante a una saeta, rasgando la coraza, iba a clavarse en el cristal de los cielos.

¿No escucháis todavía la lengua varonil de aquellos rudos mesnadores del glorioso ciclo, Alvar Fañez, Martín Antolinez, Pero Bermúdez, cantando la vieja fábula del Campeador con toda su bárbara majestad? ¿No sentís el choque de los muros de carne que pelean «pecho contra pecho», ni el crujir de las cotas, ni el ronco hervor de las gargantas, ni el alegre relincho de los caballos?

.

Ricardo León

(De «El Amor de los amores».)

Después de leer con suma atención este recio y elegante canto a Castilla, contesta a las siguientes preguntas:

¿Por qué se dice que Castilla fué madre y nodriza de pueblos? ¿Por qué universidad y escuela del mundo? ¿Qué sabes del Cid? ¿Por qué se llama castellana nuestra lengua? ¿Se debe llamar así? ¿Cómo se hablaba antes?

Di, finalmente, como ejercicio de redacción, con palabras tuyas y en tu propio estilo, lo que tú sabes de Castilla: provincias, montes, ríos, vegetación; monumentos artísticos e históricos; su presente, su pasado; carácter de sus habitantes, sus virtudes y defectos.

LA LEYENDA DEL POPE

Witepk, el cosaco, el aventurero, el genio de la destrucción y de la ferocidad nómada, reposa bajo la lona de su tienda, hinchada por el vendaval, como la vela de un navío. No duerme; sus ojos verdes parecen fulgir en la obscuridad como los de un hambriento felino: sus manos se crispan y oprimen el mango nudoso del knut. Arde en impaciencia en espera de la señal que ha de trasmitirle la orden del grande, del armipotente Souwaroff, para alzar el campo con sus huestes y lanzarse con ellas a través de la estepa helada e invadir la rebelde Polonia.

Él y los suyos caerán sobre la región indómita y fértil como un tremendo azote. En vano pretenderán oponérsele las mesnadas del patriota Kosciusko. Serán destruídos, como por el aluvión la simiente en gavilla. El patriota caerá acribillado a golpes de lanza, pronunciará su frase sublime y comenzará el impío saqueo. Para los hijos de la llanura estéril serán las mujeres de negros cabellos, y los arcones

henchidos de tesoros, y las ánforas de hidromiel. Y el yatagán se teñirá en sangre, y el puño se rendirá al esfuerzo de segar gargantas juveniles, y de acuchillar torsos, y de hendir cráneos, y de afirmar el poder invencible de Witepk, el cosaco indomable, el conquistador sin entrañas, el guerrero que jamás concedió a los vencidos misericordia.

En el silencio de la noche oye las esquilas de un rebaño. Son los corderos del Pope Juan, del sacerdote humilde, cuya cabaña se alza a pocas verstas, con su cercado de cañizo y su techo de rastrojo humeante. Y el ruido despierta la feroz iracundia de Witepk. Odia la paz; subleva su alma el espectáculo de la tranquilidad ajena. Apenas llega el alba, la vivienda del Pope es saqueada. Witepk se le aparece: —«Vengo por tus rebaños—grita.» —«Tuyos son—le contesta el pastor de espíritus—; el creyente nada posee sino en precario.» —«Quiero, además, tu ajuar y tus cosechas.» —«Llévalos, y que su falta me libre de cuidados terrenos. ¡Sea una vez y mil cumplida la inescrutable voluntad del Señor!»

Pero, a los pocos días, Witepk torna a sentir envidia del virtuoso y a encender su pecho en iracundia. Se presenta de nuevo en la cabaña. —«Quiero—dice al Pope Juan—que me des tus hijos para que sean mis esclavos.» El Pope alza los ojos al cielo, y por ellos corren dos lágrimas: —«Llévate a mis hijos—responde—; Dios me los concedió y él me los quita. Para

morir nacieron; sea para ellos sobre la tierra misericordioso y fugaz el doloroso tránsito.» Y Witepk, parte con los hijos del Pope y decreta su sacrificio. Pero de su corazón ha huído para siempre el sosiego. De noche se acurruca bajo su tienda y cierra los ojos; pero es en vano, no puede dormir.

Y vuelve en otra luctuosa jornada. Esta vez incendia la cabaña del Pope, arrasa sin piedad su cercado y martiriza al discípulo de Jesús. Éste sufre sin exhalar una queja el martirio, y queda tendido sin conocimiento en el campo. Vuelto en sí, con el alba, se arrastra fatigosamente hasta encontrar en las peñas una oquedad, cuya entrada cubre con ramajes. Y allí eleva su oración susurrante al Epíreo para darle gracias por no haber permitido que sus fuerzas se extinguieran y que en su corazón se anule la fe.

Y allí, a las pocas noches, oye a alguien que se arrastra, que procura separar los ramajes y que prorrumpe en amargos sollozos. El Pope Juan se alza de su lecho de briznas y hojarasca, y sale a prestar ayuda a quien no se atreve a implorarla. A la luz de la luna, mira el rostro del visitante, y queda sobrecogido de asombro: es Witepk, el cosaco.

—¿Qué quieres de mí?—le dice con voz temblorosa—. Todo te lo has llevado o lo has destruído; mis rebaños, mis cosechas, mi ajuar, mi vivienda, mis hijos. ¿Qué más de mí ambicionas?

—Quiero—murmura el salteador, jadeante, sudoroso, temblante de emoción y de pena—, quiero tu bendición para poder dormir en paz.

* * *

¡Dormir en paz! ¡Poseer de veras la paz! ¿Qué importa que dos hombres, o dos pueblos, o dos coaliciones, o dos razas se decidan a hacer la paz, si ella no reside en el fondo de las conciencias? ¿De qué sirve, si no es más que una vana palabra o un compromiso escrito, que puede el fuerte romper a su antojo, cuando su codicia o su versatilidad vuelva a soliviantarse? La paz no se pide ni se otorga: se crea; podrá un caudillo ser victorioso, conquistar comarcas y pueblos enteros, someter a sus enemigos a la esclavitud y aun dictarles los mandatos de su omnipotencia; pero la paz será imposible, porque la verdadera paz es amor, y respeto, y abdicación de la soberbia, y renunciación de la vanagloria; para que sea una realidad, han de preceder a las frases los hechos humanos y la demostración del propósito firme de no incurrir de nuevo en la falta que se cometió.

¡Paz! La piden los pueblos, la reclaman las madres, la exige la civilización y aun claman por ella los mismos ensangrentados guijarros que alfombran la margen de los ríos. Ella llegará; pero llegará con

el reconocimiento de la verdad, con la exaltación de la justicia, con la apoteosis de lo bello y humano. Y entonces los brazos del humilde creyente se extenderán sobre la cabeza temblorosa del arrepentido adversario, que le quitó su hacienda, que destruyó su hogar, que incendió sus mieses, que extinguió sus rebaños y que mató a sus hijos; pero que, débil, atormentado, trémulo de pesar y arrepentimiento, no puede dormir.

Antonio Zozaya.

(De «Cuentos y escenas que no son de amores».)

¿Cuántos personajes aparecen en esta pacifista y admirable fábula? ¿Cuáles son los protagonistas?

¿Qué quiere indicar el autor al decir que «la paz no se pide ni se otorga: se crea»? ¿Cómo se crea? ¿Qué puedes hacer tú para ayudar a esta magna empresa?

¿Existe algún organismo que persiga tan laudable fin? ¿Dónde reside? Di lo que tú sepas de la *Sociedad de Naciones*, por qué se creó, cómo funciona, cual es su finalidad.

LA ROMERÍA

(FRAGMENTO)

.....

La romería estaba cerca. Caminaron todavía algunos minutos por un espeso maizal que los ocultaba enteramente, y llegaron, por fin, a un sitio, desde el cual vieron a corta distancia el campo donde se celebraba. Era un vasto prado de verde claro, y todo circuído de avellanos. El espectáculo que ofrecía era a la par sorprendente y deleitoso. Por encima de él hormigueaba una muchedumbre, compuesta principalmente de mujeres, cuyos pañuelos de diversos y vivos colores, al moverse, mareaban y turbaban la vista. Los hombres en su mayoría se hallaban recostados debajo de los árboles, bebiendo pésimo vino y cantando desentonadamente. Escuchábanse los gritos desafinados de los pregoneros ofreciendo agua de limón, sangría de vino tinto y avellanas tostadas, y los sonidos agudos y gangosos

de la gaita siempre acompañada del interesante tambor. Esparcidas por diversos parajes del campo, veíanse algunas mesas vestidas de lienzo blanco y atestadas de ciertos confites característicos y peculiares a la fiesta, como mazapanes, amargos, florones, madamitas, y otros muchos que se llevaban los ojos de los niños y los cuartos de las madres. Muy pocos se van de las romerías sin llevar algunos de estos dulces en un pañuelo, los cuales toman el nombre de *perdones*, por ser la ofrenda que los romeros hacen a su familia en recompensa de haberse quedado en casa mientras ellos se divertían. En uno de los ángulos del prado se hallaba el grupo de los bailadores que movían las piernas con ligereza al son de la gaita y el tambor, rodeados de otro grupo mucho más numeroso de curiosos. Pero lo que más atraía la vista era un gran nogal, colocado casi en el centro del campo, que por lo espeso de sus hojas y lo bien recortado, semejava una enorme planta de albahaca. Debajo de él se había establecido una cantina, donde los cueros hinchados que guardaban el vino, yacían insolentemente sobre las mesas, inmóviles como borrachos. En torno de la cantina y del árbol se había formado una danza que daba vueltas pesadamente, cantando las baladas del país.

.....
Cuando la condesa y Pedro entraron, la mitad de la danza decía cantando:

¡Ay, un galán d'esta villa!
¡Ay, un galán d'esta casa!

La otra mitad contestaba:

¡Ay, diga lo qu'él quería!
¡Ay, diga lo qu'él buscaba!

La melodía era suave y monótona. En una mitad cantaban las voces agudas, y en la otra las graves, prolongando todas extraordinariamente la vocal final del segundo verso:

¡Ay, busco la blanca niña!
¡Ay, busco la niña blanca!

Al instante contestaban los otros:

¡Ay, que no l'hay n'esta villa!
¡Ay, que no l'hay n'esta casa!

.

Armando Palacio Valdés

(De «El señorito Octavio».)

¿Has presenciado alguna romería? ¿Sí? Fíjate en que las romerías son distintas en cada región, a veces en cada pueblo. Responden a los hábitos y costumbres del país.

¿Hubo siempre romerías? ¿A qué se debe?

Tomando por base lo que acabas de leer, refiere en una carta, que dirigirás a tus padres, parientes o a algún amigo, las impresiones que recibiste en la romería que presenciaste.



HISTORIA DE DOS HIJOS DEL PUEBLO

—Aquí tienes, querida Sofía—dijo Teodoro—, un hombre que sirve para todo. Este es el resultado de nuestra educación, ¿verdad, Carlos? Bien sabes que no hemos sido criados con mimo; que desde nuestra más tierna infancia nos acostumbramos a la idea de que no había nadie inferior a nosotros... Los hombres que se forman solos, como nosotros nos formamos; los que sin ayuda de nadie, ni más amparo que su voluntad y noble ambición, han logrado salir triunfantes en la *lucha por la existencia*... sí, ¡demonio!, éstos son los únicos que saben cómo se ha tratar a un menesteroso. No te cuento diversos hechos de mi vida, atañederos a esto del prójimo como a ti mismo, por no caer en el feo pecado de la propia alabanza, y por temor de causar envidia a tus rifas y a tus bailoteos filantrópicos. Quédese esto aquí.

—Cuéntalos, cuéntalos otra vez, Teodoro.

—No, no..., todo eso debe callarse; así lo manda la modestia. Confieso que no poseo en alto grado esta virtud preciosa; yo no carezco de vanidades, y entre ellas tengo la de haber sido mendigo, de haber pedido limosna de puerta en puerta, de haber andado descalzo con mi hermanito Carlos, y dormir con él en los huecos de las puertas, sin amparo, sin abrigo, sin familia. Yo no sé qué extraordinario rayo de energía y de voluntad vibró dentro de mí. Tuve una inspiración. Comprendí que delante de nuestros pasos se abrían dos sendas: la del presidio, la de la gloria. Cargué en mis hombros a mi pobre hermanito, lo mismo que hoy cargo a la Nela, y dije: «Padre nuestro que estás en los cielos, sálvanos...» Ello es que nos salvamos. Yo aprendí a leer y enseñé a leer a mi hermano. Yo serví a diversos amos, que me daban de comer y me permitían ir a la escuela. Yo guardaba mis propinas; yo compré una hucha... Yo reuní para comprar libros... Yo no sé cómo entré en los Escolapios; pero ello es que entré, mientras mi hermano se ganaba su pan haciendo recados en una tienda de ultramarinos...

—¡Qué cosas tienes!—exclamó Sofía muy desazonada, porque no gustaba de oír aquel tema—. Y yo me pregunto: ¿a qué viene el recordar tales niñerías? Además, tú las exageras mucho.

—No exagero nada—dijo Teodoro con brío.

—Señora, oiga usted y calle... Voy a poner cáte-

dra de esto... Oíganme todos los pobres, todos los desamparados, todos los niños perdidos... Yo entré en los Escolapios como Dios quiso; yo aprendí como Dios quiso... Un bendito Padre dióme buenos consejos y me ayudó con sus limosnas... Sentí afición a la Medicina... ¿Cómo estudiarla sin dejar de trabajar para comer? ¡Problema terrible!... Querido Carlos, ¿te acuerdas de cuando entramos los dos a pedir trabajo en una barbería de la antigua calle de Cofreros?... Nunca habíamos cogido una navaja en la mano; pero era preciso ganarse el pan afeitando... Al principio ayudábamos... ¿te acuerdas, Carlos?... Después empuñamos aquellos nobles instrumentos... La flebotomía fué nuestra salvación. Yo empecé los estudios anatómicos. ¡Ciencia admirable, divinal! Tanto era el trabajo escolástico, que tuve que abandonar la barbería de aquel famoso maestro Cayetano... El día en que me despedí, él lloraba... Dióme dos duros, y su mujer me obsequió con unos pantalones viejos de su esposo... Entré a servir de ayuda de cámara. Dios me protegía, dándome siempre buenos amos. Mi afición al estudio interesó a aquellos benditos señores, que me dejaban libre todo el tiempo que podían. Yo velaba estudiando. Yo estudiaba durmiendo. Yo deliraba, y limpiando la ropa repasaba en la memoria las piezas del esqueleto humano... Me acuerdo que el cepillar la ropa de mi amo me servía para estudiar la miología... Lim-

piando una manga, decía: «músculo deltoídes, bíceps, cubital», y en los pantalones: «músculos glúteos, psoas, gemelos, tibial, etc...» En aquella casa dábanme sobras de comida, que yo llevaba a mi hermano, habitante en casa de unos dignos ropavejeros. ¿Te acuerdas, Carlos?

—Me acuerdo—dijo Carlos con emoción—. Y gracias que encontré quien me diera casa por un pequeño servicio de llevar cuentas. Luego tuve la dichá de tropezar con aquel coronel retirado, que me enseñó las matemáticas elementales.

—Bueno: no hay guiñapo que no saquen ustedes hoy a la calle—observó Sofía.

—Mi hermano me pedía pan—añadió Teodoro—y yo le respondía: «¿Pan has dicho?, toma matemáticas...» Un día mi amo me dió entradas para el teatro de la Cruz; llevé a mi hermano y nos divertimos mucho; pero Carlos cogió una pulmonía.. ¡Obstáculo terrible, inmenso! Esto era recibir un balazo al principio de la acción... Pero no, ¿quién desmaya? Adelante..., a curarle se ha dicho. Un profesor de la Facultad, que me había tomado gran cariño, se prestó a curarle.

—Fué milagro de Dios que me salvara en aquel cuchitril inmundo, almacén de trapo viejo, de hierro viejo y de cuero viejo.

—Dios estaba con nosotros... bien claro se veía... Habíase puesto de nuestra parte... ¡Oh, bien sabía

yo a quién me arrimaba!—prosiguió Teodoro, con aquella elocuencia nerviosa, rápida, ardiente, que era tan suya como las melenas negras y la cabeza de león—. Para que mi hermano tuviera medicinas, fué preciso que yo me quedara sin ropa. No pueden andar juntas la farmacopea y la indumentaria. Receta tras receta, el enfermo consumió mi capa, después mi levita..., mis calzones se convirtieron en píldoras... Pero mis amos no me abandonaban... volví a tener ropa, y mi hermano salió a la calle. El médico me dijo: «que vaya a convalecer al campo...» Yo medité... ¿Campo dijiste? Que vaya a la escuela de Minas. Mi hermano era gran matemático. Yo le enseñé la Química... pronto se aficionó a los pedruscos, y antes de entrar en la escuela, ya salía al campo de San Isidro a recoger guijarros. Yo seguía adelante en mi navegación por entre olas y huracanes... Cada día era más médico; un famoso operador me tomó por ayudante; dejé de ser criado... Empecé a servir a la ciencia... mi amo cayó enfermo; asistíle como una hermana de la Caridad... Murió, dejándome un legado... ¡donosa idea! Consistía en un bastón, una máquina para hacer cigarrillos, un cuerno de caza y cuatro mil reales en dinero. ¡Una fortuna!.. Mi hermano tuvo libros, yo ropa, y cuando me vestí de gente, empecé a tener enfermos. Parece que la humanidad perdía la salud sólo por darme trabajo... ¡Adelante, siempre ade-

lantel... Pasaron años, años... al fin ví desde lejos el puerto de refugio después de grandes tormentas... Mi hermano y yo bogábamos sin gran trabajo... ya no estábamos tristes... Dios sonreía dentro de nosotros. ¡Bien por los Golfines!... Dios les había dado la mano. Yo empecé a estudiar los ojos, y en poco tiempo dominé la catarata; pero yo quería más... Gané algún dinero; pero mi hermano consumía bastante... Al fin, Carlos salió de la escuela... ¡Vivan los hombres valientes!... Después de dejarle colocado en Ríotinto con un buen sueldo, me marché a América. Yo había sido una especie de Colón, el Colón del trabajo, y una especie de Hernán-Cortés; yo había descubierto en mí un Nuevo Mundo, y después de descubrirlo, lo había conquistado.

—Alábate, pandero—dijo Sofía riendo.

—Si hay héroes en el mundo, tú eres uno de ellos—afirmó Carlos, demostrando gran admiración por su hermano.

—Prepárese usted ahora, señor semidiós—dijo Sofía—, a coronar todas sus hazañas haciendo un milagro, que milagro será dar la vista a un ciego de nacimiento... Mira: allí sale don Francisco a recibirnos.

Avanzando por lo alto del cerro que limita las minas del lado del Poniente, habían llegado a Aldeacorba, y a la casa del señor de Penáguilas, que

echándose el chaquetón a toda prisa, salió al encuentro de sus amigos. Caía la tarde.

Benito Pérez Galdós

(De «Marianela».)

Observa el estilo llano, elegante y sencillo que Galdós emplea en el pasaje anterior. La misma sencillez y elegancia encontrarás en toda su extensa obra literaria.

Fíjate, además, en el asunto que describe. Dos hermanitos huérfanos, mendigos, por su voluntad firme, por su bondad generosa y por el ansia de mejorar su vida llegan a ser, médico el uno, ingeniero el otro. Si tal hicieron estos dos hermanos, tú, que estás en condiciones infinitamente mejores ¿de qué no serás capaz? Por lo menos serás médico, abogado, arquitecto, escritor, y no de los medianos, sino de los que destacan, de los que honran a su familia y a la patria que los vió nacer. Y si te lo propones, no te quepa duda que llegarás a serlo. Basta con que tú lo quieras.

CULTURA LITERARIA DE CERVANTES

No sería Cervantes personaje indiferente en la historia de la Literatura española aunque sólo conociésemos de él las composiciones líricas y dramáticas. Pero si no hubiese escrito más que los entremeses, estaría a la altura de Lope de Rueda. Si no hubiese compuesto más que la *Numancia* y las comedias, su importancia en los anales de nuestra escena no sería mayor que la de Juan de la Cueva o Cristóbal de Virués. Los buenos trozos del *Viaje del Parnaso*, la elegancia de algunas canciones de la *Galatea*, la valiente y patriótica inspiración de la *Epístola a Mateo Vázquez*, el primor incontestable de algún soneto no bastarían para que su nombre sonase mucho más alto que el de Francisco de Figueroa, Pedro de Padilla y otros poetas líricos enteramente olvidados ya, aunque en su tiempo tuviesen justa fama. En la historia del teatro anterior a Lope de Vega nunca podrá omitirse su nombre: es un precursor y no de los vulgares. Sobre sus come-

días pesa una condenación tradicional y en parte injusta, contra la cual ya comienza a levantarse, entre los extraños más bien que entre los propios, una crítica más docta y mejor informada. Pero conviene que esta reacción no traspase el justo límite, porque se trata, al fin, de obras de mérito muy relativo, que principalmente valen, puestas en cotejo con lo que las precedió; pero que, consideradas en sí mismas, carecen de unidad orgánica, sin la cual no hay poema que viva, y adolecen de todos los defectos de la inexperiencia técnica, agravados por la improvisación azarosa. Obras, en suma, que sólo interesan a la arqueología literaria, que los mismos cervantistas apenas leen, y que parecen peores de lo que son, porque el gran nombre de su autor las abrumba desde la portada. De Cervantes en el teatro se esperarían obras dignas de Shakespeare o de Lope, no obras medianas, en que la crítica más benévola tiene que hacer salvedades continuas.

En cambio, el genio de la novela había derramado sobre Cervantes todos sus dones, se había encarnado en él, y nunca se había mostrado más grande a los ojos de los mortales; de tal suerte, que, en opinión de muchos, consituye el *Quijote* una nueva categoría estética, original y distinta de cuantas fábulas ha creado el ingenio humano; una nueva casta de poesía narrativa, no vista antes ni después,

tan humana, transcendental y eterna como las grandes epopeyas, y, al mismo tiempo, doméstica, familiar, accesible a todos, como último y refinado jugo de la sabiduría popular y de la experiencia de la vida.

Pero en Cervantes novelista hay que distinguir al escritor de profesión que continúa, perfeccionándolas por lo común, las formas de arte conocidas en su tiempo, y al genio prodigiosamente iluminado que se levanta sobre todas ellas y crea un nuevo tipo de insólita y extraordinaria belleza, un nuevo mundo poético, nueva tierra y nuevos cielos. Este Cervantes no es el de *La Galatea* ni el de *Persiles*; es el Cervantes del *Quijote*, dentro del cual se explican y razonan las *Novelas ejemplares*, que, cuando son buenas, parecen fragmentos desprendidos de la obra inmortal, y dentro de ella hubieran podido hallar asilo, como le encontraron dos de ellas, no por cierto las más felices. Con *Rinconete*, *El Coloquio de los perros*, *La Gitanilla*, *El Celoso extremeño* y alguna más, sin olvidar los apotegmas y moralidades del *Licenciado Vidriera*, se integra la representación de la vida española contenida en el *Quijote*, siendo, por tanto, inseparables de la obra magna, a la cual deben servir de ilustración y complemento. Mucho valdrían por sí mismas tan primorosas narraciones; pero con ellas solas no descifraríamos el enigma del genio de Cervantes. Deben

leerse donde su autor quiso que se leyesen, indicándolo hasta por el orden material de la publicación: entre la primera y la segunda parte del *Quijote*. De este modo el genio fragmentario que en las *Novelas* resplandece sirve de complemento al esbozo, también fragmentario, aunque valentísimo, de la primera parte del *Quijote*, y prepara para la obra serena, perfecta y equilibrada de la parte segunda, en que la intuición poética de Cervantes alcanzó la plena conciencia de su obra, trocándose de genialmente inspirada en divinamente reflexiva.

El *Quijote*, que de cualquier modo que se le considere es un mundo poético completo, encierra episódicamente, y subordinados al grupo inmortal que le sirve de centro, todos los tipos de la anterior producción novelesca; de suerte que con él solo podría adivinarse y restaurarse toda la literatura de imaginación anterior a él, porque Cervantes se la asimiló e incorporó toda en su obra. Así revive la novela pastoril en el episodio de Marcela y Grisóstomo, y con carácter más realista en el de Basilio y Quiteria. Así la novela sentimental, cuyo tipo castellano fué la *Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro, explica mucho de lo bueno y de lo malo que en la retórica de las cuitas y afectos amorosos contienen las historias de Cardenio, Lucinda y Dorotea, en la última de las cuales es visible la huella del cuento de don Félix y Felismena, que Montemayor, imi-

tando a Bandello, introdujo en su *Diana*. Así la novela psicológica se ensaya en *El curioso impertinente*; la de aventuras contemporáneas tiene en el *Cautivo* y en el generoso bandolero Roque Guinart, insuperables héroes de carne y hueso, bien diversos de los fantasmas caballerescos. Así nos zumban continuamente en el oído, a través de aquellas páginas inmortales, fragmentos de los romances viejos, versos de Garcilaso, reminiscencias de Boccaccio y del Ariosto. Así los libros de caballerías penetran por todos lados de la fábula, la sirven de punto de partida y de comentario perpetuo, se proyectan como espléndida visión ideal enfrente de la acción real, y muertos en sí mismos, continúan viviendo enaltecidos y transfigurados en el *Quijote*. Así la sabiduría popular, desgranada en sentencias y proloquios, en cuentos y refranes, derrama en el *Quijote* pródigamente sus tesoros, y hace del libro inmortal uno de los mayores momentos folklóricos: algo así como el resumen de aquella filosofía vulgar, que enaltecieron Erasmo y Juan de Mal-Lara.

Marcelino Menéndez y Pelayo.

(Del discurso leído en la Universidad de Madrid,
el 8 de Mayo de 1905.)

El gran talento de Menéndez y Pelayo, su gran capacidad de hombre trabajador, los consagró íntegros al estudio y crítica de nuestra literatura, rica y variada como pocas.

Por el trozo que acabas de leer, te darás cuenta, si reflexionas un poco, del trabajo inmenso de estudio y de investigación que se necesita para escribir como él escribe y para enjuiciar, con la mayor justeza, a cada uno de nuestros innumerables literatos.

Fué el digno Presidente de la Real Academia Española.

El futuro Presidente de esa gloriosa Academia es hoy un niño que asiste, como tú, a una escuela primaria. Quizá seas tú mismo. ¿Por qué no?

¡Animo, y a trabajar, y de aquí a treinta años (que transcurren con mayor rapidez de lo que tú te figuras) veremos si lo has logrado!

EL CIEGO

La tarde del 24 de diciembre le sorprendió en despoblado, a caballo, y con anuncios de tormenta. Era la hora en que, en invierno, de repente se apaga la claridad del día, como si fuese de lámpara y alguien diese vuelta a la llave; sin transición, las tinieblas descendieron borrando los términos del paisaje acaso apacible a medio día, pero en aquel momento tétrico y desolado.

Hallábase en la hoz de uno de esos ríos que corren profundos, encajonados entre dos escarpes; a la derecha el camino, a la izquierda una montaña pedregosa, casi vertical, escueta y plomiza de tono. Allá abajo no se divisaba más que una cinta negruzca, donde moría, culebreando, áspid de carmin, un reflejo rojo del poniente; arriba, densas masas erguidas, formas extrañas, fantasmagóricas; todo solemne y aun pudiera decirse que amenazador. No pecaba Mauricio de cobarde, y sin embargo, le impresionó el aspecto de la montaña; sintió deseos de

llegar cuanto antes al Pazo, del cual le separaban aún tres largas leguas, y animó con la voz y la espuela a su montura, que empinaba las orejas recelosa.

Arreció el viento y le obligó a atar el sombrero con un pañuelo bajo la barba; el trueno, lejano aún, retumbó misteriosamente; ráfagas de lluvia azotaron la cara del jinete, que ahogó un juramento. ¡Aquello era mala sombra! ¡Justamente empezaba a llover a la mitad del camino! Al punto mismo el caballo se encabritó y pegó un bote de costado; de entre la maleza había salido un bulto. Echaba ya Mauricio mano al revólver que llevaba en el bolsillo interior de la zamarra, cuando oyó estas palabras en dialecto:

—¡Una limosnita! ¡Por amor de Dios que va a nacer... una limosnita, señor!

Mauricio, tranquilizándose, miró enojado al que en tal sitio y ocasión cometía la importunidad de pedir limosna. Era un hombrachón alto, descalzo de pie y pierna, que llevaba al hombro unas alforjas, y se apoyaba en recio garrote. La obscuridad no permitía distinguir cómo tenía el rostro; la ancianidad se adivinaba en lo cascado de la voz y en el vago reflejo plateado de las greñas blancas.

—Apártese—murmuró impaciente el señorito—
¿No ve que el caballo se asusta? Si me descuido, al río de cabeza... ¡Vaya unas horas de pedir, y un

sitio a propósito para saltar delante de la montural
¡Brutos!

El pordiosero se había quedado como hecho de
piedra.

—¿Dónde está el río?—gritó con hondo terror—
¿No es aquí el camino de la iglesia de Cimáis? Se-
ñor, no me desampare... ¡Soy un ciego! ¡Nuestra
Señora le conserve la vista! ¡Pobre del que no ve!

Mauricio comprendió. El viejo sin ojos se había
perdido, ignoraba dónde se encontraba, y para no
despeñarse necesitaba un guía. Sí, convenido; nece-
sitaba un guía... ¿Y quién iba a ser? ¿Él, Mauricio
Acuña, que desde Orense regresaba a su casa en
tarde de Navidad, a cenar, a pasar alegremente la
velada, jugando al *julepe* o al *golfo* con sus her-
manos y primos, fumando y riendo? Si sujetaba el
paso de su caballo al lento andar de un ciego; si
torcía su rumbo cara a la iglesia de Cimáis, distan-
te buen rato, ¿a qué santas horas iba a hacer su
entrada en la sala del Pazo de Portomellor? Un
instante titubeó: pensaba que no podía menos de
sacrificar algunos minutos a colocar al ciego en la
dirección de Cimáis, y dejarle, ya orientado, arre-
glarse como Dios le diese a entender. Sólo que era
internarse en la *carballeda*, exponerse a tropezar en
los cepos y en los pedruscos, y sobre todo, era con-
descender a los ruegos del mendigo, que no soltaría
a dos por tres a su lazarillo improvisado, y si le

complaciese en lo primero exigiría lo segundo... ¡Estos pobres son tan lagoteros y tan pegajosos! «Más vale escurrirse», decidió; y sacando del bolsillo un duro, lo dejó en la mano temblona que el viejo extendía, más para implorar que para mendigar; picó al caballo y escapó como un criminal que huye de la justicia.

Sí, como un criminal—así definió su conducta él mismo, luego, en el punto de refrenar a *Maceo*, su negro andaluz cruzado, y darse cuenta de que había caído enteramente la noche—. Velada por sombríos nubarrones, la luna se entreparecía lívida, semejante a la faz de un cadáver amortajado con hábito monacal.

La carretera se desarrollaba suspendida sobre el río que, a pavorosa profundidad, dormitaba mudo y siniestro. El viento combatía, haciéndolos crujir, los troncos robustos de los árboles; un relámpago alumbró la superficie del agua, un trueno resonó ya bastante cercano; Mauricio se estremeció. Le parecía escuchar ruidos extraños, además de los de la tormenta. ¿Se habrá caído el viejo al agua? Detrás, sobre la peñascosa senda, creía escuchar el paso de un hombre que tentaba el suelo con un palo, como hacen los ciegos. Absurdo evidente, pues con la galopada que *Maceo* había pegado ya, quedaría el mendigo atrás un cuarto de legua. Lo cierto es que Mauricio juraría que le seguía *alguien*; alguien que res-

piraba trabajosamente, que tropezaba, que gemía, que imploraba compasión. Invencible desasosiego le impulsó a apurar nuevamente a su montura, para alcanzar pronto el cruce en que la carretera se desvía del río, cuyo vista le sugería el temor de una desgracia. ¿Se habrá caído?... Lo que a Mauricio le acongojaba era la idea de haber abandonado a un ciego en tal noche. «Pero, ¿cómo fuí capaz?.. ¡Si parece mentira! Me lo contarían después y no lo creería... Hoy no debí dejar solo a un infeliz...», cavilaba, hincando la espuela en los ijares de *Maceo*. «Y lo más sucio, lo más vil de mi acción fué darle dinero. ¡Dinero! Si a estas horas flota en el Sil su cuerpo..., el dinero ¿de qué le sirve? Creemos que el dinero lo arregla todo... ¡Miserable yo! Estoy por volverme. ¿No viene nadie detrás...?»

Maceo volaba; un sudor de angustia humedecía las sienes del jinete. El zumbido de sus oídos y el remolino del viento, profundo como una tromba, no le impedían oír, cada vez más próximas, las pisadas del que le seguía, ya sin género de duda, y percibir la misma respiración entrecortada, el mismo doliente gemido; y el caso es que no se atrevía a volverse: porque si se volviese, quizás vería la figura del ciego mendigo, alto, descalzo de pie y pierna, con el zurrón al hombro, el cayado en la mano, y reluciente en la obscuridad la plata de sus blancas greñas...

—¿Estaré loco?—pensó—. Ea, ánimo... Debo volverme...

—Y no se volvía; su garganta apretada, su corazón palpitante, le hacían traición; sufría un miedo espantoso, sobrenatural. Apretó las espuelas, y el caballo, excitado, aceleró el tendido galope, sacando chispas de los guijarros del camino. La tempestad estaba ya encima: el relámpago brilló; un trueno formidable rimbombó sobre la misma cabeza del señorito, aturdiéndole. Alborotóse *Maceo*; giró bruscamente sobre sus patas traseras, y se arrojó hacia el talud que dominaba el Sil. Vió Mauricio el tremendo peligro, cuando otro relámpago le mostró el abismo y la superficie del agua: cerró los ojos, aceptando el juicio de la Providencia... y el caballo, en su vértigo mortal, arrastró al jinete al fondo del despeñadero, tronchando en su caída los pinos y empujando las piedras del escarpe, cuyo ruido fragoroso, al rodar peñas abajo, remedaba aún los desatentados pasos del ciego que tropezaba y gemía.

E. Pardo Bazán.

(De «Cuentos de Navidad».)

Resume, en pocas líneas, el asunto de este cuento.

Fíjate en que Mauricio, sin ser malo, en un momento de duda, se inclinó por el camino más cómodo; pero el Juez que todos llevamos dentro le acusó inflexible por su mala acción.

¿Qué harías tú en un caso semejante? ¿Por qué?

¡ADIÓS, CORDERA!

¡Eran tres: siempre los tres! Rosa, Pinín y la Cordera.

El prao Somonte era en un recorte triangular de terciopelo verde, tendido, *como una colgadura*, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus *jícaras* blancas y sus alambres paralelos, a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, terrible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco, fué atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los alambres. Pero nunca llegaba a tocar la porcelana de arriba, que le recordaba las *jícaras* que

había visto en la rectoral de Puao. Al verse tan cerca del misterio sagrado, le acometía un pánico de respeto y se dejaba resbalar de prisa, hasta tropezar con los pies en el césped.

Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído al palo del telégrafo, y minutos, y hasta cuartos de hora, pasaba escuchando los formidables ruidos metálicos que el viento arrancaba a las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a veces intensas como las del diapasón que, aplicado al oído, parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los *papeles* que pasaban, las *cartas* que se escribían por los *hilos*, el lenguaje incomprensible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan lejos, decían a los del otro extremo del mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruido por el ruido mismo, por su timbre y su misterio.

La *Cordera*, mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo, como lo que era para ella, efectivamente, como una cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues,

experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos, y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía a los juegos de los pastorcicos encargados de *llindarla*, como una abuela. Si pudiera, se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la *Cordera*, no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril ni saltara a la heredad vecina. ¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y después sentarse sobre el cuarto trasero con delicia a rumiar la vida, a gozar del deleite de no padecer, del dejarse existir; esto era lo que ella tenía que hacer, y todo lo demás, aventuras peligrosas.

.

* * *

Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no sosegaron. A media semana se *personó* el mayordomo en el *corral* de Antón. Era

otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas, cruel con los caseros atrasados. Antón, que no admitía reprimendas, se puso lívido ante las amenazas del desahucio.

El amo no esperaba más. Bueno, vendería la vaca a vil precio, por una merienda. Había que pagar o quedarse en la calle.

El sábado inmediato acompañó al Humedal Pinín a su padre. El niño miraba con horror a los contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. La *Cordera* fué comprada en su justo precio por un rematante de Castilla. Se la hizo una señal en la piel y volvió a su establo de Puaó, ya vendida, ajena, tañendo tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín, con ojos como puños. Rosa, al saber la venta, se abrazó al testuz de la *Cordera*, que inclinaba la cabeza a las caricias como al yugo.

—¡Se iba la vieja!—pensaba con el alma destrozada Antón el huraño.

Ella ser, era una bestia; pero sus hijos no tenían otra madre ni otra abuela. Aquellos días en el pasto, en la verdura del Somonte, el silencio era fúnebre. La *Cordera*, que ignoraba su suerte, descansaba y pacía como siempre *sub specie aeternitatis*, como descansaría y comería un minuto antes de que el brutal porrazo la derribase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba,

inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado, y por otro el que les llevaba su *Cordera*.

El viernes al obscurecer fué la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado, y se sacó a la *quintana* la *Cordera*. Antón había apurado la botella; estaba exaltado; el peso del dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho, alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas de Antón eran impertinentes. ¿Que daba la res tantos y tantos *xarros* de leche? ¿Que era noble en el yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducida a chuletas y otros bocados suculentos? Antón no quería imaginar esto; se la figuraba viva, trabajando, sirviendo a otro labrador, olvidada de él y de sus hijos, pero viva, feliz. Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de *cucho*, recuerdo para ellos sentimental de la *Cordera* y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos, hubo de todo. No podían separarse de ella. Antón, agotada de pronto la excitación del vino, cayó como en un marasmo; cruzó los brazos y entró en el *corral* obscuro. Los hijos siguieron un buen trecho

por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la *Cordera*, que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin, hubo que separarse. Antón, malhumorado, clamaba desde casa:

— ¡Bah, bah, *neños*, acá vos digo; basta de *pamemes!*

Así gritaba de lejos el padre con voz de lágrimas. Caía la noche; por la calleja obscura que hacían casi negros los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la *Cordera*, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el *tintán* pausado de la esquila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

— ¡Adiós, *Cordera!*— gritaba Rosa deshecha en llanto— ¡Adiós, *Cordera* de *mio* alma!

— ¡Adiós, *Cordera!*— repetía Pinín, no más sereno.

— Adiós— contestó, por último, a su modo, la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de julio en la aldea...

* * *

Al día siguiente, muy temprano, a la hora de siempre, Pinín y Rosa fueron al *prao* Somonte. Aquella soledad no había sido nunca para ellos

triste; aquel día, el Somonte sin la *Cordera* parecía el desierto.

De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos cabezas de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

—¡Adiós, *Cordera!*—gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.

—¡Adiós, *Cordera!*—vociferó Pinín con la misma fe, enseñando los puños al tren, que volaba camino de Castilla.

.

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebatava, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones...

—¡Adiós, *Cordera!*...

—¡Adiós, *Cordera!*...

* * *

Pasaron muchos años. Pinín se hizo mozo y se lo llevó el Rey. Ardía la guerra carlista. Antón de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influencia para declarar inútil a Pinín, que, por ser, era como un roble.

Y una tarde triste de octubre, Rosa, en el *prao* Somonte, sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores: su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa, casi metida en las ruedas, pudo ver un instante en un coche de tercera multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo, a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña, que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande, al servicio de un Rey y de unas ideas que no conocían.

Pinín, con medio cuerpo fuera de una ventanilla, tendió los brazos a su hermana; casi se tocaron. Y Rosa pudo oír entre el estrépito de las ruedas y la gritería de los reclutas la voz distinta de su hermano, que sollozaba exclamando, como inspirado por un recuerdo de un dolor lejano:

—¡Adiós, Rosa!... ¡Adiós, *Cordera!*...

—¡Adiós, Pinín! ¡Pinín de *mio* alma!...

«Allá iba, como la otra, como la vaca abuela.

Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos; carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo, para las ambiciones ajenas».

Leopoldo Alas (Clarín).

(De «El señor y lo demás son cuentos».)

Este cuentecito, de factura admirable, de profunda emoción y de exquisita ternura, te ha llegado al corazón, indudablemente.

Eso persigue el autor: conmover, deleitar, elevar nuestro espíritu, Y esto no es fácil, como podrás observar cuando tú escribas. Se tiene a veces asunto, y se carece de la necesaria habilidad para expresarlo; otras, sabemos expresarnos, y carecemos de la suficiente imaginación para modelar el asunto. Cuando se logran ambas cosas, surge la obra perfecta.



LA CABAÑA LLEGA

¡Dolón, dolán, dolén, dolán, dolón!... que ya se oyen los cencerros de la cabaña, y hasta se ve el polvo que levanta. Ha llegado el día anhelado, y el pueblo sale a recibirla hasta la portilla de la llosa, o de la pradera en que, por de pronto, ha de entrar para que se cumplan las formalidades que van ustedes a conocer.

La gente viste de media gala, y se halla poseída de la más viva satisfacción. La corporación municipal se guardará muy bien de faltar a la solemnidad...

—¡Tío Roque!—grita un mozuelo con el pelo muy atusado—, ¡la mi *Gallarda* trae el campano del lugar!... y aquí viene la primera de toas... ¡y cómo le menea! ¡Anda, pa que uno se fie de lo que no ve!... Y corrían voces de que en el puerto se le habían puesto a la *Corva* de tío Perico Mijotes!... ¡Cristo, qué hermosísima está!

—Miá tú, fantasioso—replica Mijotes, que no andaba muy distante del jaque—, si se dijo que la mi

Corva le traía, por algo se dijo. Siempre se le habrán cambiao en el camino pa que no te se parta a ti el corazón de envidia al ver a la tu *Gallarda* con el campano que han puesto a la otra probe... ¡Viva la josticia! ¡a la novilla de la mi vecina, que no puee con el rabo, le han puesto el segundo campano!

—¡Callarvos, lenguatones!—interrumpe un viejo, que de puro viejo no puede ya con las bragas—: ¿qué más vos da? Venga el ganao, y venga ello gordo, que lo demás importa dos bisanes.

—No, pus lo que es gordo, por decir gordo, ya viene gordo—añade otro convecino que no tiene la mayor facilidad para expresar lo poquísimo que se alcanza.

—No digo yo otro tanto—le replica un espectador de enfrente—; ahí va la mi *Leona*, que paez que la han chupao las brujas. Toma, ¡pus si viene *geda!* ¡y qué *bello* que trae mas hermosísimo!... ¡me valga el Señor; es la misma estampa de su madre!... ¡Bien te han ordeñado, morena! ¡Premita Dios, condenaos de pastores, que se vos güelvan lobos en el cuerpo los zurriones de hacer mantecal!...

Y mientras se hacen estos o parecidos comentarios entre la gente, va pasando la cabaña y entrando en el gran cercado, hasta que llegan, cerrando la marcha, el toro, los terneros, los perros y los pastores: el toro con sus orejas blancas sobre una cara negra y lustrosa como el terciopelo, ondeando con

cierta vanidad la piel, que casi le arrastra, de su robusto cuello; los becerritos con su pelo rizado y bermejo y su carita expresiva, pisando con miedo y rendidos de cansancio; los perros con su piel blanca con manchas negras, andando al pie de los terneros y mirando a todas partes con un gestecillo que parece decir: «al que los toque en el pelo, nos le merendamos»; por último, los pastores con abarcas de *tarugos*, garrote nudoso y al hombro, además del morral y la chaqueta, un ternero recién nacido, que nunca suele faltar...



Uno de los pastores, jefe a la vez de los demás, penetró en el ancho círculo que formaban los asistentes, paróse enfrente del alcalde, arrojó al suelo un saco casi vacío que llevaba al hombro, descubrióse, cargó el cuerpo sobre el garrote, balanceóse un poco en esta postura, esparrancóse, escupió tres veces, pasó una manga de su camisa por debajo de las narices y, después de obtener el permiso del alcalde, habló de esta manera:

—Pos... salto y digo: ahí está la cabaña, como se habrá visto. En la cabaña hay de too, como en la viña del Señor; porque musotros, a la res que es de mal pacer y de peor engordar, no podemos mejorarla, a no hincharla con una paja. Esto es claro como el sol del megodía. Pos digo yo ahora: hay que tener

en cuenta que el verano ha sido fatal; hoy que la ventisca, mañana que el aguacero, el pasto se ha reblandeció y pue ecirse que el ganao no se ha visto limpio de *despeño*. De salú, bastante bien: sólo han feneció una vaca de tío Pedro Meñique y una novilla de la viuda del *Cevil*. La una murió de un *empanderao* y la otra de un mal a manera de perlesía. Dióseles lo que manda el aquel, vamos al decir, del hombre que lo entiende, pero no les alcanzó...

En seguida preguntó el alcalde si había algún vecino que tuviera que hacer *daque* cargo a los pastores.

—¡Pido la palabra!—dijo saliendo a primera fila un hombre muy entrado en años, cano de greña, enjuto y ahumado de carnes y ronquillo de voz.

—Hable Garabiel Pernías—díjole el alcalde.

—He pedío la palabra al auto de que he visto que la vaca mía, que fué bien trisná al puerto, vuelve en los puros huesos, y con un ojal en salva sea la parte, que mete miedo; y como el hombre no gana su probeza tumbao panza arriba, y yo sudo los güetanos pa ver de conservar la que tengo, quiero que se me satisfaga, como es justo, al respetive de la vaca.

—Tocante a la vaca—replicó el pastor—, tocante a la vaca, tío Garabiel, usté sabe mejor que yo que la vaca es una cabra condená que no se pue hacer vida de ella. Los cinco sentíos del alma le pone uno encima, y con too y con eso no se la pue meter por

vereda. Si usté la chifla pa golveta, malo; si usté la vocea, pior; si se la apedrea, ¡me valga el Señor!, no la acanza un galgo... Pus évate que voy, amigo de Dios: hace ocho días, trepa la condená por un pedregal arriba a pacer unos matorrales que estaban entre un cajigaluco; salgo detrás de ella, hace la fejuración de echarse cancia el desfilaero que estaba por la banda de atrás; atájola yo corriendo; asústase más la endina; échase de prisa por onde había subido; rueda como una pelota, y rásgase el pellejo contra la punta del peñasco. ¡Esta es, tío Garabiel, la pura verdá, y si otra me queda en el cuerpo, que con ella revientel!

—¡Sastifecho! — dijo con solemnidad Garabiel Pernías, retirándose a la segunda fila.

Otro de los que formaban en ella salió en seguida a la primera, y endilgó al pastor estos cargos:

—Yo mandé al puerto una vaca *geda* de siete meses, y pa el efeuto de destetarla dejé la cría en casa. La vaca iba gorda, la vaca es lechera, ¡horror de lechera!, la vaca viene hecha un telar, y la vaca no está seca, porque a la vaca acabo yo de ordeñarla en el *prao*. Yo soy claro como el agua, y no tengo algún aquel en decir que aquí se han corrió voces de que en Mercadal se ha vendió este verano mucha manteca de la cabaña nuestra. Diga el pastor, si a mano viene, de onde ha salío esa manteca y por qué no viene seca la mi vaca.

El pastor se rascó la cabeza, escupió por entre los incisivos, y después de pasear su vista por los circunstantes, replicó en estos términos:

—Ya sé yo que más de cuatro, que pue que no estén muy lejos de aquí, por el aquel de hacer mal, y porque hay lenguas que atarazás entre dos cantos debieran estar, han corrió por el pueblo lo de la manteca; ipero premita Dios que me trague la tierra aquí mesmo de repente, si en el puerto se ha hecho medio cuarterón de manteca, ni se ha bajao a Mercedal más que por el efeuto de comprar dos libras de bacalao y siete maquileros de harina! Pos évate que voy a lo de que la vaca no está seca. Yo pueo hacer güeno con toa la cabaña, si quiere hablar, que el *bello* de la vaca del señor alcalde mamaba toas las noches a la vaca de usté, y que de esto no tuvimos más auto que de la hora de la muerte, que en santa gloria nos coja, hasta la semana pasá. Yo, bien lo sabe Dios, me comí la feúra al conocerlo; pero el hombre es la verdá, no acanza los imposibles... y si ha hubió falta, perdonar, que lo que es la voluntá no ha podío ser mejor; y cinco años que llevo en la cabaña cantan bien claro si sé cumplir con mi deber.

—Sastifecho—contestó el interpelante, con la misma formalidad que Garabiel Pernías.

—Señor alcalde—gritó una mujer amortajada entre una saya de estameña negra que le cubría el

busto y otra de bayeta amarilla ceñida a la cintura—, yo quisiera que...

—Usté se calla la boca mientras que yo no la pregunte, porque aquí no tienen voz las mujeres.

—Es que, ¡canijol!, yo tamién soy hija de Dios; y si se me murió el marido no fué por culpa mía.

—¿Y qué se le ofrece a usté?

—Pus se me ofrece, que cuando fué al puerto la mi novilla, se me feúra que tenía el pelo colorao, y ahora lo trae que tira algo a burreño... tamién era más juerte de voz...

—Vaya usté mucho con Dios, ¡trapacera!— la interrumpió el alcalde, echando chispas por los ojos— ¡Le paece a usté la sinfonía con que se nos vienel... ¡Taday, simplona!

—Yo pregunto lo que es de mi aquel, ¡ea!

—¡Taday, chapucera!

—¡Juera con ella, que se vaiga a cuidar la puchera!—añadieron por todas partes voces que nada tenían de suaves para la pobre mujer...

Agotado el capítulo de cargos, el alcalde preguntó al pastor si no tenía algo que manifestar al concejo, respecto al puerto, a la cabaña, a los demás pastores, etc.

—Aticuenta que ná—respondió el interpelado—. Los pastos han sío güenos por la mayor parte: no muy alta la herba, pero finuca y nutría. Dos veces se presentó el lobo a la vera de la cabaña; pero los

perros que saben su obligación, no le dejaron ganas de repetir: al segundo viaje le atenazaron el rabo, y por un tris no se queda *Navarro* con él entre los dientes. El toro se escapó una tarde del *Sel*, porque le provocó el de la cabaña de *Vioño*; trabáronse de palabras, y el nuestro le arrimó una jaretá de media vara en el cuadril izquierdo y le hizo golverse en un periquete a la su cabaña. Un pastor de *Coo* nos apandó una cría de dos meses, la de la *Cordera* de tío *Celipe Cuartajo*; vímosle, juímonos encima, negó, arriméle un garrotazo, cayó a tierra pidiendo misericordia y soltó el jato. No ha habío multa denguna, ni por el aquel de dir, ni por el aquel de venir, porque no se ha saltao una mala cerradura, ni tan siquiera se ha movío una res de la cabaña en too el camino. La vaca de tío *Miguel Cerojo* tuvo un lumbioso en salva sea la parte, pero curó bien; y en la cabaña de *Viérnoles*, que estaba a la vera de la nuestra, hubo *solengua*, y fenecieron siete cabezas. *Nel*, mi compañero, pensó que se le había pegao el mal; pero todo ello resultó ser una atracá de arañques con leche; rompió a las tres horas, y no tuvo otro aquel. Y con too y con esto no digo más, y acá estamos toos, gracias a *Dios*, güenos y gordos; perdonar las faltas, porque pecaores semos, y en la gloria nos veamos.

—Amén—contestó el concejo.

Acto continuo se procedió al remate del toro y de

los perros; es decir, al de su manutención hasta el día de San Antonio del año siguiente. Adjudicáronse los animalitos a los vecinos que ofrecieron mantenerlos por menos dinero, y se disolvió la asamblea.

Una hora después, cada vecino recogía en el prado las reses de su pertenencia y se encaminaba con ellas a su casa, contemplándolas de paso con tanto deleite como (acéptese la comparación que voy a hacer, en gracia de que es la pura verdad), como el que puede sentir un padre delante del hijo predilecto que vuelve de la Universidad a pasar con él las vacaciones.

José María de Pereda.

¿Has observado con qué naturalidad, con qué vigoroso realismo, con qué fina maestría retrata Pereda las costumbres campesinas?

Para reflejar la escena con mayor verismo, no desdeña el reproducir las mismas palabras—con todas sus graciosas incorrecciones—que emplean los aldeanos. ¡Qué bien los pinta! ¡Cómo nos describe sus caracteres, su espíritu, su alma! Es el mejor paisajista, indudablemente, de nuestra literatura.

LA NOCHEBUENA DEL POETA

«En un rincón hermoso
de Andalucía
hay un valle risueño...
¡Dios lo bendiga!
Que en ese valle
tengo amigos, amores,
hermanos, padres.»

I

Hace muchos años—¡como que yo tenía siete!—
que al oscurecer de un día de invierno, y después
de rezar las tres *Avemarías* el toque de oraciones,
me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro: esta noche no te acostarás a la misma
hora que las gallinas; ya eres grande, y debes cenar
con tus padres y con tus hermanos mayores. Esta
noche es *Nochebuena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché aque-
llas palabras. ¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de desprecio a mis otros her-

manos más pequeños que yo, y me puse a discurrir el modo de contar en la escuela, al otro día de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera disipación de mi vida.

II

Eran ya las ánimas, como se dice en mi pueblo. ¡En mi pueblo: a noventa leguas de Madrid; a mil leguas del mundo; en un pliegue de Sierra Nevada!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos!

Un enorme tronco de encina chisporreteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba; en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa a presidir la ceremonia de familia; en seguida se hallaban mis padres; luego nosotros y, entre nosotros, los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la casa, y a todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban en pie y las criadas acurrucadas o de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta al fuego.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea; ¡por el camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba a lo lejos hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa; yo les acompañaba, a pesar suyo, con una zambomba que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¿Conocéis la canción de los aguinaldos, la que se canta en los pueblos del lado oriental del picacho Veleta?

Pues a esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad;
saca la bota, María,
que me voy a emborrachar.

Y todo era bullicio; todo contento; los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosolí, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir a *Misa del Gallo* a las doce de la noche, a los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos hecho los muchachos en la torre...

De pronto, en medio [de aquella alegría, llegó a

mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquel un raptó de intuición impropio de mi edad, fué un milagroso presentimiento, fué un anuncio de los inefables tedios de la poesía, fué mi primera inspiración. Ello es que vi con una lucidez maravillosa los tristísimos destinos de aquellas tres generaciones allí reunidas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entra ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna.

¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo!

¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!...

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va...

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el

péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

¡Y nosotros nos iremos
y no volveremos más!

¡Concepto horrible; sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que nos daba la muerte, como el primer gesto que nos hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Nochesbuenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre, los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera Nochebuena de mi familia, todas aquellas dichas de mi casa anteriores a mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron también a mis ojos, mil *Nochesbuenas* más que vendrían periódicamente robándonos la vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes; mis hermanos que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas brasas hechas cenizas; mi juventud evaporada, mi

ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba, y, como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo, con este motivo, y corrieron juntas por consiguiente mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de imsonio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena a que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), o por ser ya demasiado hombre (según sospecho yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida...

Al cabo debí dormirme, pues no recuerdo si quedaron o no en conversación, la Misa del Gallo, la de los Pastores, y el sorbete proyectado.....

Pedro Antonio de Alarcón

Imitando a Alarcón, refiere tú, por escrito, el recuerdo de la *Nochebuena* que más te haya impresionado.

ELOGIO DE ESPAÑA Y DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Como alternan los vientos ardentísimos y fríos en nuestras estaciones; como resaltan las sombras y la luz en nuestros horizontes, de igual suerte suelen sucederse cambios en nuestros destinos y tránsitos de edades procelosas y tristes a edades afortunadas y serenas. Más amigos del combate que del trabajo; más confiados en los favores de la fortuna que en las acumulaciones del ahorro; difíciles a los rigores de la disciplina social y fáciles a los llamamientos de las aventuras fabulosas con tal que las cohoneste y las justifique el valor; poco previsores en los negocios públicos y en los particulares; apasionados y entusiastas por extremo; creyentes, y como tales, si inaccesibles a la duda, nada duchos en el examen prolijo de las ideas y de las cosas; a cambio de esto, reunimos actitudes cual ningún otro pueblo; reunimos a la vehemencia, la constan-

cia; a la viveza del sentimiento, la energía de la voluntad; a las más profundas convicciones respecto de la fundamental igualdad humana, los puntos de honor congénitos con nuestra altivez y dignidad nativas; a los instintos democráticos, los instintos caballerescos; a la independencia personal, afecto devotísimo por la patria; a la lucidez de la inteligencia, tan extensa como perspicua, el brillo de la fantasía, tan poderosa como fecunda; a la intuición soberana, el carácter reflexivo; a los arrebatos y a los impulsos, la resistencia, el menosprecio por los intereses de un día, la inclinación al sacrificio; al ardor de la sangre meridional, la frugalidad más austera; a cierta complexión de penitentes, y a un orgullo que no rinden los obstáculos, como en el esplendor de nuestra atmósfera luminosa apenas pueden medirse las distancias, y a un idealismo tan etéreo que mantiene nuestra aptitud para todo, hasta en medio de todas las decadencias, incontrastables aspiraciones a lo extraordinario, aunque raye en lo imposible, y necesidades continuas del drama, hasta en la vida vulgar y del esfuerzo aunque sea en la guerra: calidades, las cuales, en medio de los adelantos de su industria y de su política y de sus riquezas, exigirá y necesitará Europa algún día para enardecer en el sentimiento su corazón algo aterido, y caldear su razón, sobrado positiva, en las virtudes que suscita la fe y que conservan el entu-

siasmo y el amor, esos generadores de todas las sublimes y duraderas grandezas.

Así España ha cansado a la Historia. Ni la captó el cartaginés, sino después de haber salvado su honor en las llamas de Sagunto; ni la venció el romano, sino después de un combate que durara centurias, cuando dos batallas bastaban para descorazonar a los heroicos galos que subieran al Capitolio y mesaran las barbas de los senadores, y un paseo para sojuzgar a los pictos y a los britanos. Nuestros fuertes cántabros preferían el suicidio en las amargas ondas, a testificar con su terrible presencia, en la vía-sacra, el cautiverio y la derrota, y nuestros cultos andaluces vencían a los vencedores del orbe, dándoles sus primeros Césares, sus primeros filósofos, sus primeros dramáticos y sus primeros épicos. Sintética como nuestra tierra, nuestra raza unió antes que ninguna otra los residuos de la cultura latina con la sangre de la gente goda y la severa idealidad católica con los sensuales estros del Oriente.

Cada provincia escribió una epopeya: si Cantabria detuvo a los romanos, Asturias a los árabes, Galicia a los normandos, Navarra a los francos; y las gentes que bajaban del Pirineo calzadas con toscas abarcas, y los mercaderes que anudaban el comercio moderno en Barcelona, dilatáronse por el Ebro, por cuyas frescas riberas combatían y traba-

jaban; dilatáronse por el Mediterráneo y sometieron mil regiones célebres por su vieja historia, mientras las gentes de Andalucía y Extremadura se dilataron por el Océano y dieron a la tierra nuevos mundos. El planeta entero guarda por todas partes testimonios, como del fuego creador, del genio español.

.

No podéis ir a la cuna del sol sin hallar la estela de las naves lusitanas, ni al ocaso del sol sin encontrar la estela de las naves españolas; pues sin exageración puede decirse que la Península ibérica ha redondeado el planeta y ceñídolo, como de un zodíaco indeleble, con la guirnalda de sus hazañas y de sus glorias. Los árboles de la India asiática murmuran las estancias de Camoens y las ondas del Cabo de las Tormentas el nombre de Gama; los fuertes legionarios que acampan a las orillas del Danubio por las llanuras de Rumania, aquellos legionarios de Trajano, cuyos férreos pechos opusieron como vivas murallas tanta resistencia a las irrupciones bárbaras, consagran religioso culto a su patria, Sevilla, y suspiran por el Gualquivir, el río de sus padres; la hermosa Grecia no puede olvidar que en la Edad Media supimos defenderla contra sus enemigos con las huestes catalanas y aragonesas, mientras que en la Edad Moderna despertarla al combate por su independencia con la voz tonante de nuestras revoluciones; la prestigiosa Constanti-

nopla sabe que la espada de los guerreros españoles flameó sobre sus cúpulas y detuvo por un siglo la media luna ante la cruz de Constantino, y las misteriosas Anatolia y Armenia ostentan las barras grabadas en sus riscos por el buril inmortal de la victoria; dice la isla que oyó el pensamiento de Pitágoras y el cántico de Teócrito, cómo vivió feliz y libre bajo nuestro techo cinco siglos, y cuenta la sirena de Tirreno, la helénica Partenophe, en sus playas resonantes, cómo le dimos la salud con los trabajos hercúleos que desecaron sus pestilentes lagunas, y la libertad con las batallas sangrientas que destruyeron a los tiranos angevinos; por los muelles de Venecia se ven a la luz del cielo, reverberado por las aguas del Adriático, en los brillantísimos cuadros, donde cruje la seda y brilla el tisú, entre los patricios republicanos, a los héroes de Lepanto, y por las anchas y marmóreas escaleras del palacio de Andrea Doria en Génova, tan española por su carácter como por sus recuerdos, a través de las florestas, las velas y los gallardetes de nuestras escuadras; Túnez, Trípoli, Orán, Argel, guardan memoria de nuestro esfuerzo, como Tánger, Ceuta, Tetuán, blasones de nuestras coronas; el mundo americano murmura que los españoles tuvieron la revelación de su ignorada existencia y exploraron ríos como el Amazonas y el Missisipí, y subieron a cordilleras como los Andes, y confia-

ron por vez primera el nombre de su Criador a las selvas, cuyos árboles parecían pertenecer a los primeros días de la creación, y fundaron esos coros de ciudades extendidos desde la Carolina y la Virginia hasta Chile y el Perú; las aguas del Pacífico publican que la nave *Victoria* surcó por vez primera sus senos; que el Estrecho de Magallanes en la tierra y la cruz de Magallanes en el cielo, designan y califican eternamente el hemisferio austral; que nuestras manos, las manos de los portugueses y de los españoles unidas de India a India, redondearon el planeta, y que nuestros pilotos dieron por vez primera la vuelta al mundo y circunnavegaron los mares; hazañas las cuales despiertan este amor exaltado a la patria, esta furia en defenderla contra toda agresión, de tal suerte sublime y heroica, que doquier se combate por el hogar y la familia, por los dioses lares y la independencia nacional, los griegos en Misolonghi, los rusos en Moscou, los polacos en Varsovia, los franceses en París, los venecianos entre las bombas austriacas, los búlgaros bajo el turco alfanje, pronuncian como un numen el nombre de España, y se evoca como un talismán la sombra de Zaragoza y de Gerona, para alentar a los héroes en sus terribles combates y consolar a los mártires en sus cruentos sacrificios.

Pero sobre todas nuestras creaciones se levanta la creación por excelencia del ingenio español, se

levanta nuestra lengua. De varias y entrelazadas raíces; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan músicas que abren el sentir a la adivinación de las palabras antes de saberlas; dulce como la melodía más suave y retumbante como el trueno más atronador; enfática hasta el punto de que sólo en ella puede hablarse dignamente de las cosas sobrenaturales y familiar hasta el punto de que ninguna otra le ha sacado ventaja en lo gracioso y en lo picaresco; tan proporcionada en la distribución de las vocales y de las consonantes, que no ha menester ni los ahuecamientos de voz exigidos por ciertos pueblos del Mediodía, ni los redobles de pronunciación exigidos a los labios y a los dientes del Norte; libre en su sintaxis de tantas combinaciones que cada autor puede procurarse un estilo propio y original sin daño del conjunto; única en su formación, pues sobre el fondo latino y las ramificaciones celtas e iberas ha puesto el germano algunas de sus voces, el griego alguno de sus esmaltes y el hebreo y el árabe tales alicatados y guirnaldas, que la hacen sin duda alguna la lengua más propia, tanto para lo natural como para lo religioso; la lengua que más se presta a los varios tonos y matices de la elocuencia moderna; la lengua que posee mayor copia de palabras con que responder a la copia de las ideas; verbo de un espíritu, que si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con luz

más clara en lo por venir, puesto que no sólo tendrá este territorio y estas nuestras gentes, sino allende los mares territorios vastísimos y pueblos libres e independientes, unidos con nosotros así por las afinidades de la sangre y de la raza, como por las más íntimas y más espirituales del habla y del pensamiento, cuya virtud nos obligaría ciertamente a continuar en el Viejo y en el Nuevo Mundo una historia nueva, digna de la antigua y gloriosísima historia.

Emilio Castelar

(Discurso de ingreso en la Real Academia Española, 25 de abril de 1880.)

Más que escritor, Castelar fué orador de palabra fácil, torrencial y arrebatadora. Aun en este discurso—escrito expresamente para su ingreso en la Academia de la lengua, lugar sereno y reposado—se observa la riqueza de palabras y la diversidad de imágenes que le brotan en todo momento para expresar con elegancia suprema lo que pretende decir.



LUJO Y CARIDAD

Era un día de frío horroroso.

Hacía sol, y el cielo azul, profundo, encantaba la vista y alegraba el ánimo.

Yo venía algo orgulloso de haber hecho perfectamente, a mi entender, un encargo de gran dificultad. Un amigo me había escrito para que le comprase cigarros intachables, autorizándome para no reparar en el precio; pues con ellos quería pagar servicios que el dinero no podía retribuir. Yo no fumo; y mi gran apuro era satisfacer sus deseos y no ser engañado. Rodeéme de precauciones, pregunté, consulté, hice comparar y me decidí por cosa inmejorable, al decir de los peritos. Esta era la causa de mi satisfacción no acostumbrada; pues el desdichado amor propio hace que no nos alegremos con aquello para que tenemos aptitud y que, regularmente, hacemos bien, si no con las cosas que nos cuestan gran trabajo, que suelen ser todo aquello de que entendemos poco, y que, por consiguiente, vale poco también. El tabaco me había costado doscientos y tantos duros, y al pagarlo sobraba algo de las mo-

nedas que entregué; en la vuelta que me dieron, venía una apestosa pieza de dos cuartos.

* * *

No sé por qué, al pasar por una tienda, me llamaron la atención los primores y dorados de la muestra. Era una confitería nueva. Entré, tampoco comprendo el por qué, pues no sentía necesidad. Ya dentro, empecé a mirar qué tomaría, pues en verdad, no apetecía cosa ninguna, y me causaba empacho el salirme sin pagar algo.

La voz de los niños tiene para mí un encanto indefinible; pero hay voces de voces. Un nada en la organización hace que las multitudes corran entusiasmadas a los teatros para oír a un tenor. Pues detrás de mí oí el siguiente diálogo infantil, dicho por dos voces de aquellas de que se muestra avara la organización:

—¡Mira, dulces!...

—¿Y todo eso también?...

—¡Todo!...

Volví la vista, encantado por la dulzura de aquellas voces angelicales.

A la puerta, apoyados uno en otro, había un niño y una niña. No tenían siete años, pues las absortas boquitas dejaban ver unos dientes blanquísimos. ¿Quién era el mayor? No lo sabré decir; de estatura eran iguales. Quizá la niña; pues en esa edad, a

igualdad de cuerpos, las niñas son mayores. Y, si no era la más entrada en años, de seguro era de más precocidad; pues el niño evidentemente la reconocía por superior: estaba un poco detrás de ella y se asía a su vestido.

* * *

¡Vestido!... Pase la voz, si es que puede llamarse vestido una enagüita rota y desteñida, de un color indefinible, y un pañoloncito más desteñado aún. Llevaba unos zapatos de una muchacha de catorce años.

El pañolón le cubría a medias la cabeza, le ceñía los hombros y el talle, y luego iba disminuyendo hasta los pies, en donde, juntamente con el vestido, terminaba en punta, formando un todo semejante a las pilastras anchas por arriba y angostas por abajo, y enteramente lo contrario de las lujosas niñas que pasaban, cuyas sedosas enaguas se ensanchaban lujosamente, merced a metálicos ahuecadores. El vestido del niño no era de gran complicación: no llevaba zapatos ni sombrero; un calzoncillo que le arrastraba y una camisita limpia componían sus galas todas. Los rostros y las manecitas con el frío estaban amoratados.

* * *

—¡Cuánto dulce!—repitió el niño.

—¡Largo de aquí!—gritó el confitero figurando echar mano a una de las pesas.

El niño se hizo un poquito atrás: la niña no.

—¿Quieres?—dije al niño.

El niño miró a su hermana; ésta me miró a mí. ¿Era hermosa? No sé si su nariz era académica; lo que puedo decir es que ojos más negros ni más grandes no se ven en tal edad. ¡Qué impresión la de aquella entreabierta boquita de blanquísimos dientes.

—Mira, ven, acércate; entren ustedes. Vamos, toma.

Todo esto les dije, y los niños no se movían; miraban al confitero más que a mí.

Me adelanté con un dulce en la mano y lo presenté a la niña. Esta sacó extendida su roja manecita, llena de sabañones, y con la palma hacia arriba, dejó que yo pusiese en ella un dulce mayor que la mano.

Con qué ojos y qué expresión me preguntó, entre espantada y alegre:

—¿Para mí!!!

—Sí, para ti. Y tú, ven acá; toma también.

El niño se atrevió a entrar, y cerca del mostrador, poniendo las dos manos, recibió otro dulce.

—¿Para mí!

—Para ti; aguarda, toma—y le dí la apestosa pieza de dos cuartos.

* * *

¿Fué por bondad? ¿Fué por salir de ella? Sin aguardar a más, y sin dar gracias, sin mirarme siquiera, pero sí mirando al confitero, echaron los niños a correr.

Atravesaba un coche, y los niños, viendo que les faltaba el tiempo para cruzar por delante de los caballos, volvieron temerosos hacia atrás. El cochero les echó el látigo encima, y miraron los niños sin ira, como quien recibe el castigo de una falta merecida y motivada.

Siguió el carruaje adelante.

Al paso observé que los caballos eran un tratado de veterinaria andando, que habrían hecho reír a un árabe; pero que la ignorancia de nuestros improvisados ricos adorna de correajes costosos. Un golpe de suerte puede dar opulencia, pero no concede el sentimiento de la belleza y hasta la poesía del caballo. Nuestros antepasados buscaban en el noble animal la pureza de la raza y de la sangre, la limpieza de los músculos y de los tendones; el arreo del bruto era cosa secundaria, la fuerza motriz era el todo: hoy lo principal es el trabajo de orfebrería y de botonero.

El látigo del auriga me hizo daño.

* * *

Los niños, sin embargo, miraban sus dulces; el varoncito desprendió un pedazo bastante chico, lo metió en la boca y con rellena voz dijo:

—¡Qué buenooooo!... Pero esto para Anita.

La hermana replicó:

—¿Con calentura?

—¡Si es muy bueno!—repuso el niño, y asiendo del vestidillo a su hermanita, echaron a correr.

Los ví ir y oprimióseme el corazón.

Había gastado doscientos duros para viciar la atmósfera con la odorífera nicotina de la Habana, y había dado sólo dos hediendos cuartos a unos infelices que llevaban dulces a otra hermanita con calentura.

* * *

¡Dos cuartos para la necesidad y la indigencia, y centenares de duros para el despilfarro y la satisfacción de las más bajas necesidades de la opulencia. Pero, ¡el lujo da alimento al pobre!—insinúan los opulentos.

¡Hay lujos de lujos!

El lujo de un Observatorio es el fomento de las más altas potencias de la humanidad.

Pero ¡el lujo del tabaco! El que fuma, saborea el látigo de la esclavitud en las Antillas. Quizá la hoja verde fué regada con sangre.

¡Cuánto esfuerzo convertido en humo!

La estadística nos dice que si se pusiesen unos tras otros los cigarros que en Francia se fuman, habría para dar dos veces la vuelta al mundo. ¿Y cuánto se fuma aquí?

¡Oh! ¿Qué sería el mundo si lo que se consume en el humo de las vanidades se emplease en obras de caridad?

Pero, ¡para el lujo talegas! ¡Para la caridad dos cuartos!

* * *

Los niños se fueron, y yo, a la puerta de la lujosa confitería, los seguí con la vista hasta que transpusieron la calle.

Hoy uno de mis remordimientos es no haber averiguado dónde vivían.

Eduardo Benot

El cuento es precioso, como acabas de ver; pero aumenta en mérito si se tiene en cuenta que Benot no fué literato, sino un gran filólogo, nuestro mejor gramático, que además dominó, como pocos, las matemáticas... y aún le quedaba tiempo para hacer literatura.

Y es que fué un trabajador infatigable. Lo que tú debes ser, lo que tú serás, no me cabe duda.



CUADROS DE LA GUERRA

CUADRO CUARTO

Es bien penosa la consigna de aquellos artilleros: a treinta y tantos grados, en un barranco, sin un árbol en que guarecerse, ni la más ligera brisa que renueve el aire sofocante, ni una gota de agua que temple la intolerable sed, y clavados en el abrasado suelo.

Después de una rápida marcha en que no pueden beber, hacen alto; a ninguno se le permite separarse a más de veinte metros de las piezas; la gente de aquella media batería, aunque fuerte, veterana y disciplinada, sufre difícilmente la terrible prueba. Primero se chancean, y es de oír las cosas que darían por un jarro de agua; luego blasfeman, después callan, y por fin murmuran, aunque muy por lo bajo.

El sargento se llega al oficial, y le dice:

—Mi teniente, temo que se nos va a morir la gente de sed.

—Tarda mucho en morirse de sed un hombre; pero, en fin, si mueren, es nuestro deber morir donde nos mandan. Dígales usted que yo tengo sed

también; que por darles agua haría un sacrificio, aunque fuera muy grande, pero que por nada ni por nadie hago el de mi deber. El enemigo ignora, y nos conviene mucho que siga ignorando, que esta columna tiene artillería; por eso hicimos la marcha forzada y sigilosa; por eso estamos aquí ocultos; la vista de un solo hombre con nuestro uniforme, revelaría el secreto. Además, no conociendo el terreno, lo probable es que, buscando agua, hallasen la muerte.

Este oficial, muy firme para hacer cumplir órdenes que daba, tenía la buena costumbre de razonarlas siempre que podía.

El sargento repite estas buenas razones y firme propósito; los soldados se resignan, pero se ahogan. Recuerdan la fuente donde bebían de niños, el río en que se bañaban de mozos, la húmeda pradera y la fresca sombra de los árboles, bajo los cuales veían pastar el ganado. ¡Que habiendo en el mundo tantas cristalinas aguas, se mueran ellos de sed!

—Bien hacían nuestras pobres madres en llorar cuando les dijeron: Tu hijo es soldado. ¡No hay cosa tan terrible como ser soldado! Los paisanos se mueren de enfermedad; nosotros ¡de tantas cosas!; de balazos, de cuchilladas, de hambre, de frío, de calor, de sed como ahora, y corriendo de seguro fuentes por aquí muy cerca. ¡No hay cosa tan terrible como ser soldado!

Así piensan, y cuando piensan los soldados es que sufren mucho.

En lo alto de una de las dos cortaduras que forman el barranco hay un pequeño huerto; verdean algunas coles; hay quien piensa que allí habrá agua, y pide permiso para ir a verlo. El oficial le niega; la orden que tiene no les permite alejarse tanto, y en semejante loma de seguro no hay fuente. En aquel punto verde fijan instintivamente los ojos, deslumbrados por la reverberación del sol en la tierra desnuda.

Así mirando, ven a una niña que lleva en la cabeza un cántaro de agua y entra en el huerto. Le hacen señas con los pañuelos, le dan voces: está bastante cerca para oír cómo le piden por Dios que no emplee el agua en regar la verdura, mientras ellos se mueren de sed.

La niña huye, luego se detiene, después parece vacilar, y por fin viene con su cántaro donde están los soldados. El oficial los forma, calcula la cantidad de agua que podía tocar a cada uno, y la distribuye; él no bebe: los soldados lo notan, y le instan para que beba; él dice: ¿Cómo te llamas, niña?

—Yo, señor, me llamo María.

—María, ya ves que con el agua de tu cántaro ha habido para mojar la boca, no para apagar la sed. Tráenos otro, querida; ya ves que para mí no ha alcanzado.

La niña calla, y parece vacilar; el oficial añade:

—¿Tienes miedo?

—Un poco. No es hoy buen día para venir al huerto, y yo no hubiera venido si no fuese por llevar un poco de romero para una medicina.

—¿Tienes algún enfermo?

—Mi madre, que está en la cama sin poderse mover, y yo dije: de camino que voy por el romero, llevo un cántaro de agua y riego las coles, por si no puedo esta tarde o mañana. Temo que no podré.

—Es de temer. Dios te ha inspirado la idea de regar tu huerto, y ya que has empezado una buena obra, acábala; tráenos otro cántaro; yo no he bebido aún, y si tú estuvieses sedienta y yo pudiera darte agua, iría por ella al fin del mundo. ¡Qué de cosas te diría mi madre si supiera que su hijo se muere de sed y tú puedes salvarle!

—Escríbale usted que he ido por otro cántaro de agua. María coge el vacío, le pone atravesado sobre su cabeza, sube la cuesta y traspone la loma. Unos temen que no vuelva, otros aseguran que volverá, y parece que tienen razón para afirmarlo; porque con aquella frente tan pura, aquella voz tan dulce, aquel rostro de ángel, no ha de ser posible la mentira ni la dureza.

No lo es; la niña aparece con su cántaro, y trae otro, y otro, hasta que nadie tiene sed: aquellos hombres parecen esponjas.

El oficial saca una moneda de oro, los soldados de plata o de cobre, según pueden, y se las alargan a María para que se compre el pañuelo más bonito que haya en el lugar, ya que ella es la niña más hermosa y más buena.

—No quiero nada—dice—; aquí no se vende el agua, como cuentan que sucede en las ciudades; además, yo no puedo tener dinero sin decírselo a mi madre, que si supiera esto acaso me reñiría; pero el *Catecismo dice: dar de beber al sediento.*

—Y dice muy bien.

—Estoy pensando que ustedes me podrían hacer un favor muy grande.

—Habla, pichona.

—Habla, salada.

—Habla, querida.

—Habla, hermosa.

Dijeron todos en coro. La niña prosiguió—con ese aplomo precoz que da el espectáculo de los infortunios, y que se nota con frecuencia en los habitantes de un país afligido largo tiempo por la guerra.

—Como mi madre está baldada, no podremos irnos. Si ustedes entran tendremos mucho miedo, y si nos defendieran...

—Más que al estandarte.

—El que os toque al pelo de la ropa ha de llevar qué contar.

—No faltará de tu casa un pollo.

—Te hemos de dar guardia como si fueras el general en jefe.

—Le diremos al alcalde que no te eche alojados.

—Ya verás cómo recordamos el agua que nos has traído.

Dijeron en coro los soldados; el oficial la preguntó dónde vivía; y la niña respondió:

—En la plaza, núm. 2.

—Si entramos, tu casa será un sagrado. ¿No quieres siquiera llevarte para memoria este pañuelo blanco con que te llamé?

—Mi madre me preguntaría cómo le tenía.

—Dile que te le has encontrado.

—Yo no miento a mi madre.

—Haces bien. Vete, pues, sin llevar más que bendiciones.

—Adiós, militares.

—Adiós, lucero.

Todos la saludan. Cuando antes de desaparecer detrás de la loma vuelve la cabeza, ve agitarse manos y pañuelos, oye palabras cariñosas y dice para sí:

—Pues no son tan malos como dicen.

Llega un oficial de Estado Mayor, los artilleros se ponen en movimiento, colocan las piezas en la loma cerca del huerto de María. El jefe dice:

—Cuidado con no estropearla sus coles.

—No tenga usted cuidado, mi teniente—responden los soldados; y al mismo tiempo contienen a los mulos sedientos, que quieren arrojarse sobre el verde.

Las piezas están en batería; se hace general el fuego; contestado al principio con energía, después débilmente por el enemigo, que se retira parapetándose en el pueblo, muy próximo al sitio en que se inició la acción.

Los artilleros, tan pronto como las atenciones del servicio se lo permiten, buscan en la plaza el número 2: quieren cumplir la palabra que habían dado a la niña que les llevó el agua, y protegerla. Al llegar a su casa ven al oficial que sale pálido, desencajado, trémulo. ¿Qué tendrá? Aunque muy joven y recién salido del colegio, es valiente, firme, sereno; en pocas semanas ha visto la muerte de muy cerca, y siempre con rostro sereno; ahora apenas puede tenerse en pie, se sienta en un poyo a la puerta de la casa, y con la cabeza entre las manos parece que no ve ni oye lo que pasa a su alrededor.

Los soldados le miran sin atreverse a avanzar, ni poder irse de allí. Uno, más resuelto, penetra en la casa, luego sale poco menos desemblantado que el oficial, diciendo: «¡Bien le hemos cumplido la palabra!» Vuelve a entrar, todos le siguen: apenas han dado algunos pasos, ven una granada que reventó y la niña muerta. Quédanse inmóviles y como

clavados primero, luego se adelantan y la cogen para cerciorarse de que no vive; y cuando se convencen de que no hay esperanza de salvarla, vuelven a dejarla en el suelo, muy cuidadosamente y como si temieran hacerla daño.

La contemplan silenciosos, luego hablan bajo agrupándose, después salen llamando la atención del oficial, que levanta la cabeza. Uno de ellos se acerca, y le dice:

—Mi teniente, hemos pensado una cosa.

—¿Cuál?

—Aquel dinero que le dábamos por el agua, y ella no quiso tomar, emplearlo en hacer una caja.

—Habéis pensado bien; ahí está la moneda que se negó a recibir; ahora no la rehusará—y entregando una moneda de oro a los soldados, se separa de ellos precipitadamente para que no vean que llora.

Veinticuatro horas después, y al ponerse el sol, van camino del cementerio unos artilleros. Cuatro llevan un ataúd cubierto de blanco y con una corona de flores, los otros a los lados, detrás el oficial, todos tristes y silenciosos.

Llegan a la última morada: colocan el féretro en la abierta fosa; el oficial dice:

—Soldados, no ha sido posible hallar a un sacerdote para que acompañe los restos de esta niña inolvidable; yo no sé las oraciones que la Iglesia tiene para los difuntos; que cada uno rece las que le

enseñó su madre, y pida a Dios que reciba en su seno a esta inocente víctima, y perdone a los que la han sacrificado.

Diciendo esto se arrodilla; todos le imitan, y parecen orar con recogimiento. Se levantan, se oye ese ruido que hace estremecer: el ruido de las primeras palas de tierra que caen sobre la madera de un ataúd.

El hoyo se llena, y sobre la sepultura colocan una losa de pizarra, en que hay escritas estas palabras:

M A R Í A

niña de doce años,
criatura angelical,
muerta por aquellos a quienes había hecho bien,
llorada por los que la mataron:
quienquiera que seas el que leas este epitafio,
maldice la guerra y predica la paz.

Concepción Arenal.

Estoy seguro que al acabar de leer este cuadro de la guerra sientes un nudo en la garganta, y hasta es posible que las lágrimas empañen tus ojos.

Procura leer todas las obras de esta escritora excelsa, y te aseguro que sentirás siempre la misma emoción: protesta varonil contra la injusticia, amor inmenso para al desgraciado.

MADRID A LA LUNA

No se puede negar que la persona de un sereno, considerada poéticamente, tiene algo de ideal y romancesco, que no es de despreciar en nuestro prosaico, material y positivo Madrid, tan desnudo de Edad Media, de góticos monumentos y de ruinas sublimes.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas, entrega sus cansados miembros al necesario reposo; cuando los gobernantes abandonan por algunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus más halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansión y se arranca a los abrazos de su esposa y de sus hijos (que también es padre y esposo), viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha; toma su terrible lanzón; cuelga a la punta el luciente farolillo, y sale a las calles ahuyentando con su vista a los malvados, que le

temen como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monótono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir, rezagadas a la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y salva y acompaña hasta su casa al mísero transeunte a quien aquél asaltó; ya presta su formidable apoyo al bastón de la autoridad para descubrir un garito o proceder a una importante captura. Noblemente desinteresado en medio de tan variadas escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin exigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavía en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener o de la tempestuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, impasible como su imaginación; presta el atento oído al reloj que da la hora y rompe el viento con su voz exclamando tranquila y reposadamente: *¡La una menos cuarto y... sereno!*

No sé si he dicho (y si no lo diré ahora) que aquella noche, por un capricho que algunos calificarán de extravagante, me había propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en

su nocturno paseo, y que para poder hacerlo con más libertad, había creído conveniente aceptar un capotón y un chuzo como los suyos, que me prestó. No se rían mis lectores de esta transformación de mi exterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridículas, vemos y contemplamos todos los días sin extrañeza. Un traje humilde, una corteza grosera, suele a menudo encubrir la inteligencia del alma, y ¡cuántas veces un magnífico uniforme suele servir de disfraz a un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenía por lo menos un objeto noble. Yo soy un hombre concienzudo y chapado a la antigua, que gusto de estudiar lo que he de escribir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas: o que el sereno se hiciese escritor, o que el escritor se transformase en sereno. Lo segundo me pareció más fácil que lo primero.

* * *

Ya había un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de los balcones de una casa principal, hirió dulcemente nuestros oídos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminación que despedían las ventanas, vimos dibujarse en la pared de

enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose a compás. Varios grupos estacionarios e inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante y animado, y veíanse circular por la sala multitud de familiares con sendas bandejas distribuyendo refrescos y confitura; escuchábase el confuso murmullo de mil diálogos interesantes, y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones; todo era risa, y algazara, y movimiento, y vida, y dulzura y placer. El anchuroso portal, decorosamente reforzado con el apéndice del farolón de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos, que mataban el tiempo cambiando la calderilla a las sublimes combinaciones de la brisca, o durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y a la puerta, varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando más embelesados estábamos en esta contemplación, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrían paso de honor a los recién venidos. El ruido, sin embargo, llegó a hacerse sospechoso por una disonancia *sui generis*, que no es fácil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comi-

tiva, nuestras narices, acometidas de improviso, nos dieron a conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer a todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos, y refugiarse al medio del salón, y prestarse mutuamente pañuelos y frasquillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos a que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia!, el imperturbable conductor para y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; a su voz le imitan igualmente todos los demás funcionarios, con sus respectivos instrumentos; y sin hacer alto en la consternación del concurso ni en la incongruencia de su determinación, se preparan a ejecutar sus profundos trabajos en el pozo mismo de la casa en cuestión.

Los criados corren presurosos a avisar al amo del grave peligro que amenaza; éste, horrorizado, baja la escalera, vestido de rigurosa etiqueta, con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena; le suplica que dilate hasta el siguiente día su operación; otras veces le amenaza, le insulta y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano el complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus jefes. Este diálogo animado se estereotipa en la imaginación de todos los concurrentes; las damas acuden a bus-

car sus chales y sombreros; los galanes toman capas y sobretodos; los lacayos corren a hacer arrimar los coches; el amo pateo y grita, y ruega a todos que no se vayan, que al fin se compondrá; nadie lo cree, y los salones van quedando desiertos, los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos, y toda la concurrencia, en fin, gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados a buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

Nuestro auxilio no fué del todo inútil en tan crítica situación, antes bien pudimos servir y servimos con efecto a reunir las discordes parejas, que a causa de la distracción y aturdimiento propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, o emprendían un camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia.

No habíamos andado largo trecho, luego que nos quedamos solos, cuando al volver la esquina de una callejuela hirieron simultáneamente nuestros oídos varias voces acongojadas, que gritaban: *¡Favor! ¡Ladrones, ladrones!* Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y muy luego por todas las bocacalles vemos relumbrar sucesivamente los faroles de sus compañeros, que acuden a la señal. Corre la voz de que hay peligro; ocúpanse oportunamente los desfiladeros, y de allí a un instante se siente una

carrera precipitada de uno que escapa gritando: *¡A ése, a ése; al ladrón, al ladrón!* Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardid: antes bien, enfilan sus lanzones, dirigiéndolos hacia el que corre; éste, viendo ocupadas todas las salidas, intenta volver atrás, mas ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos, sufriendo su terrible interrogatorio y los más temibles reflejos de los faroles, asestados a su semblante y a cuyo resplandor se revela en él la turbación del crimen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Allí mismo se improvisó una cuerda; y ligado convenientemente, fué encargado a dos de los aprehensores para conducirlo al cuerpo de guardia, en tanto que los demás corrían a prestar auxilio a los vecinos de la casa asaltada. Estos juraban y sostenían que algún otro malvado se había escurrido hacia los tejados; y así era la verdad, y que sin duda lo hubiera conseguido, gracias a la ligereza de sus piernas, en contraposición a la gravedad de las de los perseguidores, a no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales, destacados que fueron al ojeo, regresaron muy luego de las alturas trayendo bien acondicionado al fugitivo.

«Todas las cosas a ratos
Tienen su remedio cierto;
Para pulgas, el desierto;
Para ratones, los gatos.»

Disipada, en fin, aquella tumultuosa escena, volvimos Alfonso y yo a nuestro solitario paseo; y aquél, que vió restablecido el silencio, y que era la ocasión oportuna para volver a lucir la sonoridad de su garganta, tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchón, y con brío y majestad lanzó al viento el consabido canto llano... *¡Las dos en punto, y... sereno!*

En este mismo instante empezaba a nuestra espalda otra escena que, a juzgar por la overtura, no podía menos de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilones, almireces y regaderas, obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento, grosero hasta en el nombre, formaba un estrépito original y extravagante, que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno: que expresa rápidamente, y no da lugar a dudas ni interpretaciones. Así que luego que oímos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podía ser una *cencerrada*; y al escuchar los fúnebres acordes de la *lira de Medellín*, luego nos figuramos que se trataba de boda o cosa tal.

Eralo en verdad; y los malignos felicitadores

dirigían aquel agasajo a un honrado tabernero, que en aquel día acababa de trocar sus doce lustros de vida y sus cuatro de viudez, con una calcetera también viuda, también vieja y también honrada: determinación heroica y altamente social que, en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara, que es ya de estilo para el que vuelve a encender segunda vez la antorcha del himeneo. Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movía a proteger la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal, y a disipar aquella tormenta que por lo menos tendía a interrumpirle por largo rato. Consiguiólo, en efecto, gracias a su persuasiva autoridad, y luego que vió desamparada la calle, no pudo resistir a un movimiento de orgullo, dando a conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y exclamó: *¡Las dos y media y... sereno!*

—«Gracias, amigo»—dijo a este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza que asomó, envuelta en un gorro como verde, por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena, que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del orden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos exigían en aquel momento nuestra franca cooperación. Una mujer des-

greñada y frenética atravesaba la calle para rogar-nos que fuésemos a la parroquia a pedir la Extre-maunción para su hijo...; y por el opuesto lado, un hombre sin sombrero y sin corbata nos acometía empeñándonos a acompañarle para ir a casa del comadrón a rogarle que viniera a ejercer su minis-terio cerca de su esposa. Fué, pues, preciso dividir-nos en tan importantes funciones; el compañero marchó con la mujer a la parroquia, y yo a casa del comadrón con el marido. Y al volver a encontrar-nos, el uno con el nuncio de la vida y el otro con el ángel de la muerte, no sé lo que pensaría Alfonso; pero yo de mí sé decir que me ocurrieron reflexio-nes que acaso no dirían mal aquí.

Patética iba estando mi imaginación, sin que bas-tase a distraerla el sabroso diálogo que poco después entablamos con un hombre que yacía tendido en medio de la calle, el cual, inspirado por el influjo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en los brazos de su esposa, y dirigía sus cari-cias al inmediato guardacantón; asunto eminentemente clásico y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró, y luego ladraron dos pe-rros, y después cuatro, y en seguida diez, y, por último, ladraron todos los perros del barrio, y Al-fonso exclamó con alegría: —«Ya viene Colás, y el día no puede tardar tampoco.» —¿Y quién era (ex-clamarán sin duda mis lectores) este nuncio del sol,

este héroe matinal, a quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes? —¡Ahí que no es nada! Era Colás el investigador de misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia; el descubridor de ignoradas bellezas, químico analizador de la materia, sustancia que se adhiere a las sustancias del valor, disolvente metal que sabe separar el oro de la liga, y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesivamente los depósitos que los vecinos han colocado a sus puertas, y busca su subsistencia en aquellos desperdicios que los demás hombres consideran por inútiles y arrojadizos. Y como la raza canina cuenta también con aquellos mismos desperdicios como base de su existencia, y la ley (¡injusta ley, hecha al fin por los hombres!) ha investido al *trapero* de una autoridad perseguidora hacia aquella clase (1), no hay que extrañar el natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden a su paso al sacrificador, con aquel interés con que lo harían si él fuera ministro de Hacienda y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departían Alfonso y Colás sus mutuos sentimientos, entretanto que yo, apoyado en una esquina, saboreaba las consideraciones que me

(1) Por aquella época se había autorizado a los *traperos* para exterminar a los perros vagabundos. — *J. D.*

inspiraba aquella escena, y ya me disponía a abandonarla y a despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana extraña llamó rápidamente la atención de Alfonso, que con el mayor interés interrumpe su diálogo, aplica el oído, cuenta uno, dos, cuatro, cinco golpes, y exclama: *¡Las cuatro menos cuarto... y fuego en la parroquia de Santa Cruz!*

Inmediatamente corren precipitados todos los serenos; cuáles a avisar a los obreros, cuáles a reunir a los aguadores de las fuentes; éstos a acompañar las máquinas; aquéllos a dar aviso a la autoridad. En un momento las calles se pueblan de gentes que corren hacia el sitio del incendio; los carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan los ordenanzas de los puestos militares; aparecen las autoridades con sus rondas, y unos y otros refluyen por distintos puntos al sitio del incendio. Esta escena era majestuosa e imponente: iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas, animada por un conjunto numeroso de operarios que acudían a hacer trabajar las máquinas, a extraer las personas y muebles, a cortar el progreso del incendio, ofrecía un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban, en verdad, sus grotescos episodios; no faltaba manga que exhalaba su respiración por

un lado, dirigiendo su benéfico raudal a la pared de enfrente, no sin grave compromiso de los curiosos vecinos, que campeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el balcón; ni quien propusiera apagar el fuego a cañonazos, ni quien derribar una casa inmediata para ponerla a cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande, la filantropía de la mayor parte de los operarios digna del más cumplido elogio. Los serenos, colocados en semicírculo delante de la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas disipaban a la parte innecesaria de la concurrencia; los vecinos prestaban sus casas a las infelices víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirigirlos al fin común. Por último, después de un largo rato de inútiles tentativas, pudo llegar a cortarse el vuelo de las llamas; y sucesivamente todo fué entrando en orden, hasta que, ya disipado el peligro, cada uno pensó en retirarse a descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparición de la aurora; las puertas de la capital daban entrada a los aldeanos que acudían a proveer los mercados; las tiendas de aguardientes se entreabrían para ofrecer su alborada a los mozos compradores; los ancianos piadosos seguían el misterioso son de la lejana campana que anunciaba la pri-

mera Misa, y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles faroles.

Alfonso a este tiempo hizo alto delante de una modesta habitación, y con mayor alegría que en el resto de la noche, exclamó: *¡Las cinco en punto!... y...—Ya bajo,* le contestó desde la buardilla una voz que supuse desde luego ser la de su cara mitad. Conocí que era llegado el momento de separarnos; entreguéle chuzo y capotón, y restituído a mi forma primera, volví a ser actor en un drama agitado, del que toda la noche había sido sereno e indiferente espectador.

Ramón Mesonero Romanos.

(De «Escenas Matritenses».)

¡Qué sencillez de estilo y qué belleza de expresión la de Mesonero Romanos!

Y si comparamos el Madrid que nos describe, sin alcantarillado ni policía; sin bomberos ni servicio de limpieza; sin tranvías, aeroplanos ni automóviles; sin teléfonos, gramófonos ni radiotelefonía; sin luz eléctrica y sin cinematógrafos, con el Madrid de hoy, nos daremos cuenta del inmenso progreso realizado..., total en un período de unos noventa años.

EL ENTIERRO DE UN NIÑO EN LA SIERRA

Veíase una mañana descender por una cuesta pedregosa a un grupo que caminaba a paso lento y compasado.

Componíase de tres hombres cubiertos con sus capas, las cuales, como en las ocasiones solemnes, pendían a ambos lados como ropas talares.

Precedíales un mulo, sobre el que estaba colocado un pequeño féretro blanco y celeste, cubierto de flores.

Los tres hombres callaban; y el silencio no era interrumpido sino por la suave queja de un arroyo que con ellos bajaba de la cuesta, como si acompañase en la última jornada a un hermanito suyo, cuya vida hubiese parado en el hielo de un anticipado invierno: por el melancólico suspiro que exhalaba la brisa al ver finada una vida, que había sido un soplo cual ella; por el divino trino que de cuando en cuando lanzaba el ruiseñor, como un desahogo

de su armonioso corazón; y por el ruido de la acompañada y uniforme pisada del mulo, que parecía el de la péndola de un reloj, que abreviase a la vez el tiempo y la distancia.

Llegado que hubieron al próximo pueblo, que era La Higuera, se encaminaron al Campo Sagrado, bien denominado así, pues en éste, como en los templos, la Iglesia nos acoge, nos hace iguales, y nos bendice.

Los hombres abrieron un hoyo en la tierra; en él depositaron el féretro blanco y celeste, que contenía el pequeño cadáver, ángel dormido, al que Dios concedía el descanso sin el cansancio, mientras las campanas de la vecina iglesia repicaban al favorecido de Dios la enhorabuena.

Cuando cayó la primera paletada de tierra sobre la caja, produjo un sonido hueco y sordo, cual si la rechazase, el que fué acompañado por un gemido que exhaló aquel de los tres hombres que había quedado algo apartado, retorciendo entre sus manos el sombrero que se había quitado por respeto al lugar sagrado, donde dejaba al hijo que había sobrevivido a dos hijos mayores que había perdido recientemente.

¡El adiós es siempre una triste fórmula! pero en el Camposanto es donde se convierte en una solemne verdad.

Fernán-Caballero.

(Seudónimo de Cecilia Böhl de Faber.)

DESCRIPCIÓN DE ZARAGOZA

Sin muro y sin torreones, según nos ha transmitido Floro, defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. También desguarnecida y desmurada, resistió al de Francia, con tenaz porfía, si no por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En ésta, como en aquélla, mancillaron su fama ilustres capitanes, y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tuvieron que estrellarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces, en menos de un año, cercaron los franceses a Zaragoza: una, malogradamente; otra, con pérdidas e inauditos reveses. Cuanto fué de realce y nombre para Aragón la heroica defensa de su capital, fué de abatimiento y desdoro para sus sitiadores, aguerridos y diestros, no haberse enseñoreado de ella pronto y de la primera embestida.

Baña a Zaragoza, asentada a la derecha margen, el caudaloso Ebro. Cíñela al Mediodía y del lado

opuesto, Huerva, acanalado y pobre, que más abajo rinde a aquél sus aguas y casi enfrente adonde, desde el Pirineo, viene también a fenecer el Gállego. Por la misma parte, y a un cuarto de legua de la ciudad, se eleva el monte Torrero, cuya altura atraviesa la acequia Imperial, que así llaman al canal de Aragón, por traer su origen del tiempo del emperador Carlos V.

Antes del Sitio, hermosaban a Zaragoza en sus contornos feraces campiñas, viñedos y olivares, con amenas y deleitables quintas, a que dan en la tierra el nombre de torres. A la izquierda del Ebro está el arrabal, que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, habiéndose destruído otro de madera en una riada que hubo en 1802.

Pasaba la población de cincuenta y cinco mil almas; menguó con las muertes y destrozos. No era Zaragoza ciudad fortificada, diciendo Colmenar, a manera de profecía, cosa ha de un siglo, «que estaba sin defensa, pero que reparaba esta falta el valor de sus habitantes».

Cercábala solamente una pared de diez o doce pies de alto y tres de espesor, en parte de tapia y en otras de mampostería, interpolada a veces y formada por algunos edificios y conventos, y en la que se encuentran ocho puertas que dan salida al campo. No lejos de una de ellas, que es la del Portillo, y extramuros, se distingue la Aljafería, antigua mo-

rada de los reyes de Aragón, rodeada de un foso y muralla, cuyos cuatro ángulos guarnecen otros tantos bastiones. Las calles, en general son angostas, excepto la del Coso, muy espaciosa y larga, casi en el centro de la ciudad, y que se extiende desde la puerta llamada del Sol hasta la plaza del Mercado. Las casas, de ladrillo, y por la mayor parte de dos o tres pisos; la adornan edificios y conventos bien construídos y de piedra de sillería. La piedad admira dos suntuosas catedrales: la de Nuestra Señora del Pilar y la de la Seo, a las que alterna por años, para su asistencia, el Cabildo. El último templo, antiquísimo; el primero, muy venerado de los naturales por la imagen que en su santuario se adora.

Conde de Toreno.

¿Has estado en Zaragoza alguna vez?

¿Cuáles son sus principales monumentos? ¿En qué ocasiones de nuestra Historia sobresalió Zaragoza? ¿Cuáles fueron los principales protagonistas de esos hechos memorables, en la antigüedad, en la edad media y en los tiempos modernos? En esta última época ¿hubo alguna mujer que se destacara?

Como ejercicio de redacción escribe en unas cuartillas cuanto sepas de Zaragoza y de Aragón: situación, clima, montañas, ríos, poblaciones importantes, monumentos, historia, carácter de sus habitantes, estado de su agricultura, industria y comercio.

DEL REGIMEN MUNICIPAL

El pueblo español, como nadie ignora, tuvo su cuna en las montañas de Asturias y en las de Sobrarbe...

La conquista extendió los límites del reino, por una parte hasta el Océano de Galicia, por otra hasta las orillas del Duero y del Ebro; y este engrandecimiento fué origen de la seguridad política y civil de las personas. Conquistáronse ciudades y villas de enemigos; otras, derruídas por la guerra, fueron reedificadas y repobladas; y se sabe que los cristianos no extendían sus límites hasta que el territorio que ya poseían estuviese bien poblado y defendido por fortalezas. De aquí el nombre de Castilla que se dió primero al país comprendido entre Duero y Ebro, lleno de pueblos fortificados; de aquí el nombre de Extremadura (*Extrema-durii*) que se dió al principio a la frontera que formaba este río, y que se extendió después a todas las que se formaron en lo sucesivo hasta Sierra Morena.

Era imposible que los habitantes cristianos de una ciudad arrancada al poder de los moros, tuviesen los mismos derechos políticos que sus belicosos libertadores; esto dió lugar a la distinción entre nobles y plebeyos. Los moros prisioneros en los combates, quedaban esclavos de sus vencedores por el derecho de represalias, y a esta clase se agregó la de algunos cristianos *esclavos de la pena* debida a sus delitos. Sucedió también que conquistada alguna plaza, quedaban en ella, en virtud de la capitulación, algunos moros sometidos que conservaban los derechos concedidos por la capitulación. Muchos de ellos pasaban a la clase de los plebeyos, convirtiéndose al Cristianismo.

Hubo, pues, la siguiente distinción de clases, como una consecuencia natural del hecho de la reconquista: siervos, moros sometidos, plebeyos, nobles, condes y familia real.

De las clases que hemos nombrado no se reconocían en los esclavos ningún derecho civil: en los moros sometidos, sólo el que se les hubiese concedido por capitulación. El verdadero pueblo español se componía de los plebeyos y de los nobles. Los condes o los *compañeros* del rey, eran los gobernadores militares y capitanes de los ejércitos encargados de la defensa del país y de la repoblación de la frontera.

Pero las familias plebeyas no estaban condena-

das a la abyección y al envilecimiento, ni podían estarlo, porque tanto los reyes como los vasallos necesitaban esta clase para la guerra. El gañán leonés labra la tierra con la espada al lado para defenderse de las algaras y acometidas súbitas de los moros, y en un momento se convertían en aldeanos los soldados. Hombres tan necesarios al Estado bajo dos aspectos, el del alimento y el de la defensa, no podrían estar sometidos a la triste abyección de los *esclavos del terruño*, clase tan general en los demás Estados de la Europa.

Insignes pruebas de esta verdad y de los derechos civiles y políticos de que gozaba el estado llano de León, son: primero, la existencia inmemorial de los cuerpos municipales; segundo, el derecho de reunión de los habitantes; tercero, el derecho de elección que tenían los señores de *behetría*.

El primer documento legislativo de nuestra historia en que hallamos hecha mención de los consejos municipales, es el fuero de León, dado por Alonso V en las Cortes celebradas en dicha Ciudad en el año 1020. En él se habla del concejo (*concilium*) como de una institución existente ya de muy antiguo, y se le atribuyen muchas facultades, algunas de ellas judiciales...

Existían, pues, Ayuntamientos antes de la época citada: pues en este fuero no se habla de su creación, sino se supone ya hecha, y como no hay nin-

guna época anterior a que pueda referirse con preferencia la creación de las corporaciones municipales, tenemos derecho para inferir que son tan antiguas como las monarquías: mucho más, sabiéndose, indudablemente, que los primeros fundadores de la sociedad cristiana de Asturias eran más libres que los habitantes del reino de León, ya dividido en clases.

Observamos que a principios del siglo XI, siglo de oro del feudalismo en el resto de Europa, era conocido y común entre nosotros el régimen municipal, incompatible con aquella bárbara institución. Este régimen de libertad era entonces desconocido, y nadie ignora cuántos elogios se han tributado, y con razón, a Luis el Gordo, rey de Francia, por haberlo introducido en sus Estados, y dado el primer golpe a la hidra de la monarquía feudal.

.
Las Cortes de León, compuestas del rey, de los prelados, de los magnates, ejercitaban la soberanía; pues en el preámbulo del fuero usan de la palabra *decrevimus*, decretamos. Aún hay más: no era conocido entonces el principio de la inviolabilidad real; pues en las Cortes de Coyanza, celebradas treinta años después de las que hemos citado de León, no se exceptúa al rey mismo de perder su dignidad, si obrase contra los fueros de León y de Castilla.

Alberto de Lista

VIAJE A ITALIA

A poca distancia de Herculano se hallan las ruinas de Pompeya, ciudad antigua que hasta la mitad de este siglo permaneció tan oculta a la vista humana, que nadie se atrevía a fijar el paraje en que estuvo. La multitud de cenizas que cayeron sobre ella, detenidas en los huecos de sus calles y edificios, formaron una elevación de terreno, el cual, haciéndose con el tiempo vegetal y fértil, comenzó a labrarse, y hoy se ve encima de los templos, teatros y sepulcros de Pompeya, enlazarse las parras a los chopos, y segar el labrador mieses abundantes.

.

Hasta ahora se han descubierto dos calles, una de ellas con la puerta de la ciudad, y varios sepulcros, un cuartel, un templo de Isis y dos teatros. No es posible caminar por aquel paraje sin una especie de entusiasmo, que todos aquellos objetos inspiran.

Este era el teatro: aquí se acomodaba el pueblo, allí la nobleza, por allí salían los actores, aquí se oyeron los versos de Terencio y Plauto, este recinto sonó con aplausos públicos; los hombres desaparecieron, y el lugar existe. Este era el templo: allí está la inscripción, allí las aras; las paredes anuncian todavía, en pinturas y estucos, los atributos de la deidad. Aquí se degollaban las víctimas; aquí, escondidos los sacerdotes, prestaban su voz a un mudo simulacro, y el pueblo, lleno de terror, creía escuchar la divinidad misma anunciando a la ignorancia humana los futuros destinos. Esta es una calle: empedrada está, como las de Nápoles, con lavas que ha vomitado ese volcán vecino; a un lado y otro hay ánditos para que pase el pueblo seguro de los carros: aún se ven las señales de las ruedas. Veis aquí las tiendas: allí se vendieron licores; la insignia que está a las puertas, la señal que ha dejado el pie de las copas sobre el mostrador, y las hornillas inmediatas para tener caliente la bebida, lo manifiestan...

Estas son casas de gente rica; este es el pórtico, sostenido en columnas de ladrillo revestidas de estuco, con decoración dórica; allí está el patio con la galería que le rodea: estancias pequeñas, altas, con mosaicos en el suelo y pinturas en las paredes; el baño, la estufa, con pared hueca, por donde se comunicaba el calor; el jardín, la fuente, la bodega

con grandes cántaros; la sala de conversación, la de comer, la alcoba, el poyo donde estaba el lecho.

Veis allí los sepulcros que erigió la patria agradecida a sus hijos ilustres; la inscripción anuncia sus nombres y su calidad; allí reposan sus cenizas. ¡Qué silencio reina en todo el contorno! ¡Qué soledad horrible! Y ¡todavía el Vesubio arroja llamas y retumban sus cavernas con rumor espantoso!

Este monte, distante dos leguas y media de Nápoles hacia la parte oriental, tiene de altura unas seiscientas toesas; su figura es cónica, con base muy ancha, la parte superior se compone de lavas, piedras, cenizas, arenas y escorias, sin yerbas, ni plantas, ni árboles, ni animales, ni hombres; aspereza horrible, cavernas profundas, soledad, silencio en la parte inferior, donde es el terreno fertilísimo; hay mucha cultura de árboles y viñas, que producen excelentes vinos, y en lo más llano, cerca ya del mar, se ven las alegres poblaciones de Pórtici, Resina, Torre del Greco, Torre de la Anunciata, y otras muchas que le rodean. Si se considera la inmediatez de este volcán y el riesgo inminente de que un día reviente incendios, trastorne toda su circunferencia, y sepulte en fuego y cenizas aquellas moradas deliciosas, centro del lujo y de los placeres, se conocerá ¡cuán fácilmente se olvidan los hombres del peligro, por más que vean presente la amenaza! Pórtici está edificada encima de Herculano opulen-

ta; Pompeya se descubre ahora, después de haber permanecido largos años oculta bajo las cenizas que en ella cayeron; en los jardines del rey y en otras varias partes en que se han hecho excavaciones profundas, se hallan hasta treinta capas distintas de lava, y éstas seis o siete veces interrumpidas con tierra vegetal y restos confusos de edificios, que es decir: treinta veces aquel terreno, que ahora habitan los hombres con tal seguridad, ha estado cubierto de torrentes de fuego con el transcurso de los siglos; seis o siete veces se han olvidado los hombres del estrago anterior, han cultivado y han habitado aquel territorio; otras tantas se han repetido aquellos horrores, y, no obstante, hoy viven sobre tantas ruinas, sin temer que la naturaleza, en un solo momento, renueve igual destrozo.

.

Este volcán tiene, además de la boca principal, varias aberturas, que rompen u obstruyen sucesivamente la dimensión de la crátera. Casi siempre arroja humo con más o menos abundancia; de noche se ven salir por su boca llamaradas y materias líquidas que se revierten en varias direcciones, y a corta distancia se congelan. Si se examinan las señales que ha dejado este volcán en sus erupciones, se pierde la imaginación en el cálculo de su antigüedad; la memoria de los hombres, limitada y

oscura, abraza apenas un corto espacio de su edad larga, anterior a todos los monumentos que conocemos y a las naciones de que tenemos algunas noticias. La primera erupción de que hablan los escritores es la del año de 79 de Jesucristo, en que perecieron Herculano y Pompeya. Plinio el naturalista, que se hallaba en Miseno, atravesó el mar con deseos de observar sus efectos, y murió a las faldas de este monte, sofocado por el humo. Desde entonces hasta la edad presente se cuentan treinta y tres o treinta y cuatro erupciones, más o menos terribles, que han hecho de aquel país un montón confuso de ruinas, convirtiéndole muchas veces en un desierto. No pueden leerse sin admiración y horror los efectos de estas erupciones. Suena un rumor confuso en las cavernas de la gran montaña, sale humo espeso por su boca, le agita el aire y esparce oscuridad y fetor por los campos vecinos; se aumenta el estruendo, revienta el monte, y entre una espesa lluvia de ceniza ardiente, que cubre la atmósfera y sepulta en tinieblas a la populosa Nápoles, con estampidos y relámpagos sale una columna altísima de fuego, arrojando al aire enormes piedras candentes que se precipitan a los valles; brama impetuoso el viento, se altera el mar, tiembla la tierra, inflámase por todas partes el monte y derrama torrentes de agua entre las lavas que desde su altura bajan ardiendo al mar, abrasando y reduciendo a cenizas

los árboles, las mieses, los edificios, las ciudades, que al pasar aniquila o sepulta; irritados los elementos, anuncian el trastorno final del mundo, y en solo un momento desaparecen naciones enteras.

Leandro Fernández de Moratín.

Fíjate en la forma narrativa que emplea Moratín, para imitarle cuando hagas un viaje, o simplemente una excursión. Primero se toman apuntes rápidos, después, en casa, se desarrollan y pulen.

¿Qué sabes tú de Pompeya? ¿Cuándo desapareció? Describe el Vesubio y las catástrofes que ha producido y que tú conozcas.

¿Cuándo se encontraron los primeros restos de Pompeya? ¿Cómo se conservan?

Moratín describió este viaje hace más de un siglo, y entonces, como él dice, sólo se habían descubierto dos calles, varios sepulcros, un cuartel, un templo y dos teatros. Hoy está casi descubierta toda la antigua ciudad.

Si alguna vez en tu vida tienes ocasión de visitar esta interesantísima población muerta, no dejes de hacerlo. La emoción que se recibe es sólo comparable a la que producen las catacumbas, extensísimos cementerios subterráneos, lugares íntimos de reunión y devoción de los primeros cristianos, que aún se conservan admirablemente en los alrededores de la Vía-Sacra, en las afueras de la Roma de nuestros días.

¿Tenemos en España algo semejante a Pompeya?
Di lo que sepas de Sagunto y de Numancia.

CARTA A SU HERMANA

Hija mía: Tus dos cartas del 29 del pasado y 5 del corriente llegaron muy a propósito para desahogarme un poco el corazón, que estaba tan lleno de hipochondría, como la más aventajada que pueda tener cualquiera corazón de pelo en pecho. Mira si te correspondo con fineza, y si el mío es parecido al tuyo. Pero no te pase por la imaginación pensar que este accidente haya sido producido por la varia fortuna del libro. No se me ha dado un bledo por ella, ni se me dará, sea lo que fuere. Está muy segura de eso. La fortuna del autor no depende de la del libro: aquélla ya está hecha sin que nadie la pueda deshacer; y si fuera de pensamientos tan bajos y tan ruines, que hubiese trabajado por la gloria propia, no tendría más que desear. Dios, por su misericordia, me ha dado más honrados o más cristianos pensamientos. Eso de desdoro personal, aunque la Inquisición recoja el libro, es bueno para que lo piensen los entendimientos del ínfimo vulgo: el tuyo, gracias a quien te lo dió, es muy superior aun a los que son

de clase más elevada, y es lástima que se haya dejado teñir de una aprensión tan ajena de su despejo. Dentro de las paredes domésticas nada he tenido ni tendré que sufrir; porque los que podrían darme algo que padecer, son los que elogian la obra. Majaderos y envidiosos en todas partes los hay; pero éstos no hacen más que número en el comercio de la vida humana.

En fin, este negocio pide más oraciones que palabras; aprieta a Dios con las tuyas, y dejémonos serenamente en sus manos.

Cayéronme en gracia tus quejas por no haberte dado parte de mi flemón: Bobona, si lo escribo a Nicolás, ¿qué más me da? ¿Querrás persuadirme que vuestras cartas no son comunes? Vete al rollo. Haz a madre y a los convalecientes una visita; y adiós, hija, que te me guarde cuanto apetece tu amante,

PEPE

Mariquita mía.

José Francisco de Isla.

Esta carta íntima que el Padre Isla dirige a su hermana, como habrás observado, es un modelo de sencillez. Habla de muchos asuntos, algunos graves, y nunca pierde su tono apacible.

¿Puedes tú separar, y enumerar después, las diversas cuestiones que trata, y decir cuáles consideras las más importantes?

EL RICO Y EL POBRE

Si se mira la superficie de las cosas, goza el rico más comodidades y padece menos incomodidades que el pobre; pero si se registra el fondo, sucede muy al revés. Tiene el rico vario, precioso y abundante plato; pero ¿saboréase en él más que el pobre con el común y tosco? Ni aun tanto, porque en éste la paciencia con que se sienta a la mesa recompensa con ventajas aquel exceso. ¿Qué les importa a las abejas de Lituania, país rudo y desabrido, no tener tan hermosas y odoríferas flores como las abejas de otros países, si de esas mismas ingratas flores sacan la más hermosa y dulce miel que hay en Europa? Yace el rico en colchones de pluma; pero ¿duerme más y mejor que el pobre sobre un poco de paja? Verás que éste siempre se levanta alegre y gozoso; y aquél muchas veces se queja de que pasó la noche con inquietud. ¡Cuántos pobres reposaron con dulzura en el duro suelo aquella misma noche que el rey Asuero, por no poder dormir, se divirtió con los

anales de su reino! Defiéndose el rico con tapices, afelpados vestidos y gruesas paredes, de los rigores del frío; pero observa que con todo se queja más de la destemplanza de la estación dentro de su palacio, que el pastor cubierto de pieles en el monte... Verás a cada paso al poderoso temblando con vivo resentimiento del frío, siempre que se ve precisado a dejar la chimenea; y al mismo tiempo anda la gente común alegre por la calle. Lo mismo sucede en el estío. Está el rico con desconsolada laxitud, sin atreverse a salir de un cuarto bajo, cuando el común del pueblo, con intrépida desenvoltura, acude a cuanto se le ofrece... Habita el rico en anchuroso y aliñado palacio, y nunca contento, piensa en extenderle o mejorarle; pero el pobre, ni siquiera le ocurre en todo el año que su habitación es estrecha.

Viste el rico delicada Holanda, y el pobre gruesa estopa; pero dime si hasta ahora oíste quejarse algún pobre de que la aspereza de la estopa le ocasiona al cuerpo alguna molestia. Está ocioso el rico, y el pobre trabajando todo el día, pero no observarás más triste al pobre en el trabajo, que al rico en el ocio: antes, especialmente si trabaja en compañía, pasa festivo, cantando y chanceando su tarea. Acabada ésta, el descanso no es un oficio insípido, como el del rico, sino un dulce reposo; y después, con blando y continuado sueño, recompensa el trabajo diurno. El rico, al contrario, como sobre miembros

no ejercitados asienta mal el sueño, con inquietud impaciente da mil vueltas en la cama, de modo que se puede decir que el pobre trabaja de día y el rico de noche.

Si se quieren pesar los placeres de uno y de otro estado, verás a los pobres en sus conversaciones festivas, en sus rústicos bailes, ¡qué francamente risueños! ¡qué sinceramente gozosos! Al contrario a los ricos, verás en los mismos festejos, no pocas veces fastidiosos. A lo menos no brilla tan puro el placer de sus semblantes.

Fray Benito Jerónimo Feijóo.

¿Has visto con qué elegancia escribía Feijóo, en pleno siglo XVII?

Y del asunto que trata, saturado de moral cristiana, ¿qué opinas tú?

¿Qué dijo Jesucristo respecto a este particular?

¿Es verdad que el pobre, no obstante carecer, a veces, de lo más indispensable, está más sano y alegre que el rico? ¿Por qué?

¿Cuántas clases de riqueza conoces tú?

¿Consiste la riqueza en los bienes materiales?

La riqueza intelectual, y sobre todo la moral, ¿vale más o menos que la material?

La riqueza del dinero ¿produce felicidad?

¿Dónde se halla la felicidad verdadera?

ARENKA DE HERNAN CORTÉS A SUS SOLDADOS

Cuando considero, amigos y compañeros míos, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás, y cómo se nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra que emprendemos, y entiendo que, en su altísima providencia, es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro Rey, que también es suya, a conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos; combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales, en que habréis menester socorridos de todo vuestro valor; miserias de la necesidad, inclemencia del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres y tan hijo del corazón como el primero; que en las guerras más veces sirve la paciencia que las manos. Hechos estáis

a padecer, y hechos a pelear en esas islas que dejáis conquistadas; mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía; que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. Pocos somos; pero la unión multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere; una la mano en la ejecución; común la utilidad, y común la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados. Más tendréis que obedecer en mi ejemplo que en mis órdenes, y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo a conquistar el mundo entero, y aun me lo promete el corazón con no sé qué movimiento extraordinario, que suele ser el mejor de los presagios. Alto, pues, a convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mía; pues se funda en que os tengo a mi lado, y dejo de fiar de mí lo que espero de vosotros.

Antonio de Solís.

(De la «Conquista de Méjico».)

¿Crees que hoy, no obstante los señalados progresos de la oratoria y de la literatura, se podría pronunciar una arenga más acabada, más justa y más noble que la que pone Solís en labios de Hernán Cortés?

¿Qué sabes tú de este último?

PABLILLOS, EL PÍCARO

Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenía ganas de comerla una: tenía doce o trece pollos grandecitos; y un día, estando dándoles de comer, comenzó a decir: «pío, pío», y esto muchas veces. Yo, que oí el modo de llamar, comencé a dar grandes voces, y dije: «¡Oh cuerpo de Dios, ama! ¿No hubiérades muerto un hombre, o hurtado moneda al rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habéis hecho, que es imposible dejarlo de decir? ¡Mal aventurado de mí y de vos!» Ella, como me vió hacer extremos con tantas veras, turbóse algún tanto y dijo: «Pues, Pablos, ¿yo qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más».

«¿Cómo burlas?, ¡pesia tal! Yo no puedo dejar de dar parte a la Inquisición, porque si no, estaré descomulgado.»

«¿Inquisición?», dijo ella, y empezó a temblar. «¿Pues yo he hecho algo contra la fe?»

«Eso es lo peor», decía yo: «No os burléis con los

inquisidores; decid que fuisteis una boba y que os desdecís, y no neguéis la blasfemia y desacato.»

Ella con el miedo dijo: «Pues, Pablos, y si me desdigo, ¿castigaránme?»

Respondíle: «No, porque sólo os absolverán».

«Pues yo me desdigo», dijo. «Pero dime tú de qué; que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos.»

«¿Es posible que no advertisteis en qué? No sé cómo lo diga; que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os acordáis que dijisteis a los pollos pío, pío, y es Pío nombre de los Papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia? Papaos el pecadillo.»

Ella quedó medio muerta, y dijo: «Pablos, yo lo dije; pero no me perdone Dios si fué con malicia. Yo me desdigo: mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme; que me moriré si me veo en la Inquisición».

«Como vos juréis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comieron llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los déis para que yo los lleve a un familiar que los quemé, porque están dañados; y tras esto habéis de jurar de no reincidir de ningún modo.»

Ella muy contenta dijo: «Pues llévatelos, Pablos, agora, que mañana juraré».

Yo, por más asegurarla, dije: «Lo peor es, Cepriana (que así se llamaba), que yo voy a riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vejación. Llevadlos vos, que yo pardiez que temo». «Pablos, decía cuando me oyó esto, por amor de Dios, que te duelas de mí y los lledes, que a tí no te puede suceder nada».

Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin, *que era lo que yo quería*, determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo: «Mejor se ha hecho que yo pensaba. Quería el familiarcito venirse tras mí a ver la mujer, pero lindamente te le he engañado y negociado».

Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde había dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demás criados.

Supo el ama y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo.

Francisco de Quevedo.

(De «La Vida del Buscón».)

Como habrás observado, Quevedo fué un gran satírico. De ingenio pronto y feliz, sabía encontrar inmediatamente el lado cómico de las personas, de los hechos y las cosas. Pero no vayas a suponer que fué únicamante lo que tú llamarías un *gracioso*. Quevedo poseía un claro talento y una vastísima cultura. Fué, indudablemente, el escritor más culto de su época.

Muchas sátiras de dudoso gusto que se le atribuyen no fueron escritas por él.

LA GITANILLA

Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, a quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir las manos; y lo que es más: que la crianza tosca en que se criaba no descubría en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada. Y con todo esto, era algo desenvuelta; pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad; antes, con ser aguda, era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana, vieja ni moza, cantar cantares lascivos ni decir palabras no buenas. Y, finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenía, y así, determinó el águila vieja sacar a volar su aguilucho y enseñarle a vivir por sus uñas.

Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire. Porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias, en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta, habían de ser felicísimos atractivos e incentivos para acrecentar su caudal; y así, se los procuró y buscó por todas las vías que pudo, y no faltó poeta que se los diese...

Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y a los quince años de su edad su abuela putativa la volvió a la corte y a su antiguo rancho, que es adonde ordinariamente le tienen los gitanos, en los campos de Santa Bárbara, pensando en la corte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid fué un día de Santa Ana, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho gitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un gitano, gran bailarín, que las guiaba; y aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal, que poco a poco fué enamorando los ojos de cuantos la miraban. De entre el son del tamborín y castañetas y fuga del baile salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la Gitanilla, y corrían los muchachos a verla y los hombres a mirarla. Pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, ¡allí fué ello! Allí sí que cobró

aliento la fama de la Gitanilla, y de común consentimiento de los diputados de la fiesta, desde luego le señalaron el premio y la joya de la mejor danza; y cuando llegaron a hacerla en la iglesia de Santa María, delante de la imagen de Santa Ana, después de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las cuales, dando en redondo largas y ligerísimas vueltas, cantó el romance siguiente:

Arbol preciosísimo,
que tardó en dar fruto

.
.

El cantar de Preciosa fué para admirar a cuantos la escuchaban. Unos decían: «¡Dios te bendiga, muchacha!» Otros: «¡Lástima es que esta mozuela sea gitana! En verdad, en verdad que merecía ser hija de un gran señor»... Otros había más groseros, que decían: «¡Dejen crecer a la rapaza; que ella hará de las suyas! ¡A fe que se va añudando en ella gentil red barredera para pescar corazones!» Otro, más humano, más basto y más modorro, viéndola andar tan ligera en el baile, le dijo: «¡A ello, hija, a ello! ¡Andad, amores, y pisad el polvito atán menudito!» Y ella respondió, sin dejar el baile: «¡Y pisárelo yo atán menudó!»

Acabáronse las vísperas y la fiesta de Santa Ana, y quedó Preciosa algo cansada; pero tan celebrada

de hermosa, de aguda y de discreta y de bailadora, que a corrillos se hablaba della en toda la corte.

De allí a quince días volvió a Madrid con otras tres muchachas, con sonajas y con un baile nuevo, todas apercibidas de romances y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentía Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás, y mucho miraron en ello, y la tuvieron en mucho.

Nunca se apartaba della la gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen; llamábala nieta, y ella la tenía por abuela.

Pusiéronse a bailar a la sombra en la calle de Toledo, y de los que las venían siguiendo se hizo luego un gran corro; y en tanto que bailaban, la vieja pedía limosna a los circunstantes, y llovían en ella ochavos y cuartos como piedras a tablado; que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida.

Acabado el baile, dijo Preciosa:

—Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en extremo...

Apenas hubo dicho esto, cuando casi todos los que en la rueda estaban dijeron a voces:

—Cántale, Preciosa, y ves aquí mis cuatro cuartos.

Y así granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba manos a cogellos. Hecho, pues, su agos-

to, y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajas, y al tono correntío y loquesco cantó el siguiente romance:

.
.

Apenas acabó Preciosa su romance, cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oía, de muchas se formó una voz sola, que dijo:

—¡Torna a cantar, Preciosica, que no faltarán cuartos como tierral

Más de doscientas personas estaban mirando el baile y escuchando el canto de las gitanas, y en la fuga dél acertó a pasar por allí uno de los Tinientes de la villa, y viendo tanta gente junta preguntó qué era, y fuéle respondido que estaban escuchando a la Gitanilla hermosa, que cantaba. Llegóse el Tiniente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta la fin; y habiéndole parecido por todo extremo bien la Gitanilla, mandó a un paje suyo dijese a la gitana vieja que al anochecer fuese a su casa con las gitanillas, que quería que las oyese doña Clara, su mujer. Hízolo así el paje, y la vieja dijo que sí iría.

Acabaron el baile y el canto, y mudaron lugar; y en esto, llegó un paje muy bien aderezado a Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo:

—Preciosica, canta el romance que aquí va por-

que es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo.

—Eso aprenderé yo de muy buena gana—respondió Preciosa—; y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condición que sean honestos; y si quiere que se los pague, concértémonos por docenas, y docena cantada, y docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado es pensar lo imposible...

Miguel de Cervantes Saavedra.

(De «La Gitanilla», de sus «Novelas Ejemplares».)

¿Te ha interesado el tipo de gitanilla que pinta Cervantes? ¿Conoces las costumbres de esta raza? Descríbelas brevemente como ejercicio de redacción.

¿Qué dice de la obra literaria de Cervantes Menéndez y Pelayo?

¿Qué te parece a ti?

¿Has leído el *Quijote*?

¿Qué sabes tú de la vida de Cervantes?

Como nuevo ejercicio, relata lo que hizo Cervantes mientras fué niño.

DESCRIPCIÓN DE VALENCIA

Valencia está situada en aquella parte de España que se llamó Tarraconense, en la comarca que habitaron antiguamente los edetanos; su asiento en una gran llanura fértil y abastada de todo lo necesario a la vida y al regalo, aunque el vino le viene de acarreo y de fuera del reino para sustentarse. Es rica de armas y de soldados, abundante de mercaderías de toda suerte, de tan alegre suelo y cielo, que ni padece frío de invierno, y el estío hacen muy templado los embates y los aires del mar. Los edificios magníficos y grandes, sus ciudadanos honrados; de suerte que vulgarmente se dice hace a los extranjeros poner en olvido sus mismas patrias y sus naturales. Las huertas y jardines, muchos y muy frescos, viciosos en demasía; los árboles por su orden concertados, en especial de todo género de agrura y de cidrales, cuyos ramos entretejen de manera que ya representan diversas figuras de aves y de animales y diversos instrumentos, ya los enlazan

a manera de aposentos y retretes, cuya entrada impide la fuerte trabazón de los ramos, la vista, la muchedumbre y espesura de las hojas, que todo lo cubren y lo tapan a manera de una graciosa enramada, que siempre está verde y fresca. Tales eran los Campos Elíseos, paraíso y morada de los bienaventurados, según que lo fingieron los poetas antiguos. Tal y tan grande la hermosura de esta ciudad, dada por beneficio del cielo, que puede competir en esto con las más principales de Europa.

A mano izquierda la baña el río Guadalaviar, que pasa entre el muro y el palacio del rey, que llaman el Real, y está por la parte de Levante pegado con la ciudad con una puente, por donde se pasa de la una parte a la otra. Sangran el río con diversas acequias para regar la huerta y para beber los ciudadanos. Junto al mar cae la Albufera, distante por espacio de tres millas, de aire no muy sano, pero que recompensa este daño con la abundancia de toda suerte de peces que cría y da.

Juan Mariana.

(De su «Historia de España».)

Si has estado alguna vez en Valencia habrás comprobado que la descripción que el Padre Mariana hacía de ella hace cuatro siglos sigue siendo exacta.

Refiere tú ahora, con tu estilo propio, la impresión que te produjo Valencia, u otra población similar, si es que ésta no la conoces.

NOMBRES DE CRISTO

*A D. Pedro Portocarrero, del Consejo
de Su Majestad y del de la Santa y gene-
ral Inquisición.*

... Mas a los que dicen que no leen aquestos mis libros por estar en romance, y que en latin los leyeran, se les responde que les debe poco su lengua, pues por ella aborrecen lo que, si estuviera en otra, tuvieran por bueno.

Y no sé yo de dónde les nace el estar con ella tan mal; que ni ella lo merece, ni ellos saben tanto de la latina, que no sepan más de la suya, por poco que della sepan, como de hecho saben della poquísimo muchos. Y destes son los que dicen que no hablo en romance, porque no hablo desatadamente y sin orden, y porque pongo en las palabras concierto, y las escojo y les doy su lugar; porque piensan que hablar romance es hablar como se habla en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, ansi en lo que se dice, como en la manera como se dice; y negocio que de las palabras que todos hablan elige las

que convienen y mira el sonido dellas, y aun cuenta a veces las letras, y las pesa y las mide y las compone, para que, no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonia y dulzura. Y si dicen que no es estilo para los humildes y simples, entiendan que, asi como los simples tienen su gusto, asi los sabios y los graves y los naturalmente compuestos, no se aplican bien a lo que se escribe mal y sin orden; y confiesen que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesta lo es.

Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mi, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen a tratar de aqui adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas, y para que la igualen en esta parte que le falta con las lenguas mejores, a las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes. Y por el mismo fin quise escribir en diálogo, siguiendo en ello el ejemplo de los escritores antiguos, así sagrados como profanos, que más grave y más elocuentemente escribieron.

Fray de Luis de León

SAN IGNACIO

Fué de estatura mediana, o, por mejor decir, algo pequeño y bajo de cuerpo, habiendo sido sus hermanos altos y muy bien dispuestos. Tenía el rostro autorizado, la frente ancha y desarrugada, los ojos hundidos, encogidos los párpados y arrugados por las muchas lágrimas que continuamente derramaba, las orejas medianas, la nariz alta y combada, el color vivo y templado, y con la calva de muy venerable aspecto. El semblante del rostro era alegremente grave y gravemente alegre; de manera que con su serenidad alegraba a los que le miraban y con su gravedad los componía. Cojeaba un poco de una pierna, pero sin fealdad y de manera que con la moderación que él guardaba en el andar no se echaba de ver. Tenía los pies llenos de callos y muy ásperos de haberlos traído tanto tiempo descalzos y hecho tantos caminos. La una pierna le quedó siempre tan flaca de la herida que contamos al principio, y tan sensible, que por ligeramente que la tocasen siempre sentía dolor, por lo cual es más de maravillar que haya podido andar tantas y tan largas jornadas a pie.

Pedro de Rivadeneira.

SANTA TERESA

CUENTA CÓMO PASÓ SU PRIMERA EDAD

Éramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fuí yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase a ofender a Dios, parece tenía alguna razón, porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado y cuán mal me supe aprovechar de ellas.

Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios. Tenía uno casi de mi edad; juntábamonos entramos a leer vidas de santos—que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí—; como via los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo; y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá

nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto: y gustábamos de decir muchas veces: para *siempre*, *siempre*, *siempre*. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad.

De que vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían; y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monesterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdomme que, cuando murió mi madre, quedé yo de doce años poco menos; como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una

imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella.

...Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre, de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdía su labor, y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía.

Desto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque ascondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.

Santa Teresa de Jesús.

Fíjate en el estilo sencillo, saturado siempre de dignidad y verismo, que emplea Santa Teresa en todas sus narraciones.

LA GRANADA

El artificio de una hermosa granada, ¿cuánto nos declara la hermosura y artificio del Criador? El cual, por ser tan artificioso, no puedo dejar de representar en este lugar. Pues primeramente él la vistió por defuera con una ropa hecha a su medida, que la cerca toda, y la defiende de la destemplanza de los soles y aires; la cual por de fuera es algo tiesa y dura, mas por de dentro más blanda, porque no exaspere el fruto que en ella se ensierra que es muy tierno; mas dentro de ella están repartidos y asentados los granos por tal orden, que ningún lugar, por pequeño que sea, queda desocupado y vacío. Está toda ella repartida en diversos cascos, y entre casco y casco se extiende una tela más delicada que un cendal, la cual los divide entre sí; porque como estos granos sean tan tiernos, consérvanse mejor divididos con esta tela, que si todos estuvieran juntos.

Y allende de esto, si uno de estos cascos se pudre, esta tela defiende a su vecino, para que no le alcan-

ce parte de su daño. Cada uno de estos granos tiene dentro de sí un huesecico blanco, para que así se sustente mejor lo blando sobre lo duro, y al pie tiene un pezoncico tan delgado como un hilo, por el cual sube la virtud y el jugo desde lo bajo de la raíz hasta lo alto del grano; porque por este pezoncico se ceba él, y crece y se mantiene. Y todos estos granos están asentados en una cama blanda, hecha de la misma materia de que es lo interior de la bolsa que viste toda la granada.

Y para que nada faltase a la gracia de esta fruta, remátase toda ella en lo alto con una corona real, de donde parece que los reyes tomaron la forma de la suya. En lo cual parece haber querido el Criador mostrar que era ésta reina de las frutas. A lo menos es el color de sus granos tan vivo como el de los corales, y en el sabor y sanidad de esta fruta ninguna le hace ventaja. Porque ella es alegre a la vista, dulce al paladar, sabrosa a los sanos, y saludable a los enfermos, y de cualidad que todo el año se puede guardar. Pues, ¿por qué los hombres que son tan agudos en filosofar en las cosas humanas, no lo serán en filosofar en el artificio de esta fruta, y reconocer por él la sabiduría y providencia del que de un poco de humor de la tierra y agua fría una cosa tan provechosa y hermosa?

Fray Luis de Granada

CARTA A DON ENRIQUEZ

Magnífico señor y mi amigo antiguo:

Valdivia, vuestro solicitador, me dio una carta, la cual parecía bien ser de su mano escrita; porque traía pocos renglones y muchos borriones. Si como os hizo Dios caballero os hiciera escribano, mejor maña os dierais a entintar cordobanes que a escribir procesos. Siempre trabajad, señor, en que si escribiéredes alguna carta mensajera, que los renglones sean derechos, las letras juntas, las razones apartadas, la letra buena, el papel limpio, la nema sutil, la plegadura igual, y el sello claro; porque es la ley de corte que en lo que se escribe se muestra la prudencia, y en la manera de escribir se conozca la crianza.

En la carta que me fue dada se contenian muchas preguntas debajo de muy pocas palabras; y que por una turquesa hagamos ambos a dos bodoques, será pues el caso, que a cada pregunta responderé una sola palabra.

Preguntáisme, señor, que a qué vine a la corte. Y

a esto os respondo, que no vine de mi voluntad, sino que me constriñó necesidad; porque en el debate y pleito que traemos la iglesia de Toledo y yo, fuéme necesario venirme a disculpar, y al pleito desmarrar. Decíme, señor, qué es lo que hago en la corte. Y a esto os respondo, que según mis contrarios me siguen, y mis negocios se alargan, que ninguna cosa hago, sino que me deshago.

Decíme, señor, que os escriba qué es la cosa en que más ocupo el tiempo. Y a esto os respondo, que, según los cortesanos, tenemos por oficio malquerer, cizañar, blasfemar, holgar, mentir, trafalgar y maldecir; con más verdad podremos decir del tiempo que le perdemos, que no le empleamos. Decíme, señor, que quiénes son los con quienes más converso en esta corte. Y a esto os respondo, que es de tan mal viduño la corte y su gente, que los que en ella andamos y dende niños nos criamos, no es nuestro estudio buscar con quién conversamos, sino en descubrir de quiénes nos guardamos. ¡Apenas tenemos tiempo para defendernos de los enemigos, y queréis que nos ocupemos en buscar nuevos amigos! En las cortes de los príncipes, yo confieso que hay conversación de personas, mas no hay confederación de voluntades; porque aquí la enemistad es tenida por natural, y la amistad por peregrina.

Es de tal condición la corte, que los que más se visitan peor se tratan, y los que mejor se hablan,

peor se quieren. Los que andan en las cortes de los príncipes, si quieren ser curiosos y no necios, hallarán muchas cosas de qué se espantar, y muchas más de qué se guardar.

Otras cosas hay en esta corte a buen precio, o por mejor decir, a buen barato; es a saber: crueles mentiras, nuevas falsas, amistades fingidas, envidias continuas, malicias dobladas, palabras vanas y esperanzas falsas: de las cuales siete cosas tenemos en esta corte tanta abundancia, que se pueden poner tiendas y pregonar ferias. Preguntáisme, señor, si hay buena expedición en los negocios, porque quería desear enviar a despachar algunos. A esto os respondo, que según las cosas de la corte son pesadas, enojosas, prolijas, costosas, intrincadas, malhadadas, deseadas, suspiradas, lamentadas y marañadas, téngome por dicho que si son diez los despachados van noventa desesperados. Escribíisme, señor, que os escriba si hay hogaño buena feria aquí en Medina. A esto os respondo, que como yo soy cortesano y pleiteante, y no tengo mercaderia que vender, y menos dineros con qué las comprar, ni sé de qué la loar, ni hallo de qué me quejar, mas de que andando por esta feria, veo en estas tiendas de burgaleses tantas cosas ricas y apacibles, que en mirarlas tomo gozo, y de no poderlas comprar, tomo pena... Muchas veces he tornado a leer vuestra carta, y no he hallado más que responder a ella, que, a la verdad,

más parecía interrogatorio para tomar testigos, que no carta para amigos.

No quiero más decir, sino que escapo de escribiros muy cansado, y aun enojado, no de responder a la carta, sino de construir vuestra maldita letra.

Nuestro señor sea de vuestra guarda, y a mi me dé gracia para que le sirva.

De Medina del Campo, a 5 de junio, año de 1532.

Antonio de Guevara.

¡Qué bien retrata don Antonio de Guevara el ambiente de su época!

Noble de rancia estirpe, Prelado y escritor irónico, sus célebres cartas, agudas, sentenciosas y festivas, fueron traducidas a casi todos los idiomas.

No obstante, su estilo, muy original y digno de tenerse en cuenta, no mereció el aplauso de todos los investigadores de nuestra literatura.

LA CELESTINA

CELESTINA.—Señora buena, la gracia de Dios sea contigo y con la noble hija. Mis passiones y enfermedades han impedido mi visitar tu casa, como era razón; mas Dios conoce mis limpias entrañas, mi verdadero amor, que la distancia de las moradas no despega el querer de los coraçones; assi que lo que mucho desseé, la necessidad me lo ha hecho complir. Con mis fortunas adversas otras, me sobrevino mengua de dinero; no supe mejor remedio que vender un poco de hilado, que para unas toquillas tenía allegado; supe de tu criada que tenías dello necessidad; aunque pobre, y no de la merced de Dios, vé slo aquí, si dello y de mí te quieres servir.

ALISA.—Vezina honrrada, tu razón y ofrecimiento me mueven a compassión; y tanto, que quisiera cierto más hallarme en tiempo de poder complir tu falta, que menguar tu tela. Lo dicho te agradezco; si el hilado es tal, serte ha bien pagado.

CELESTINA.—¿Tal, señora? Tal sea mi vida y mi

vejez, y la de quien parte quisiere de mi jura. Delgado como el pelo de la cabeça, igual, rezio como cuerdas de vihuela, blanco como el copo de la nieve, hilado todo por estos pulgares, aspado y adreçado. Veslo aquí en madexitas; tres monedas me davan ayer por la onça, assi goze desta alma pecadora.

ALISA.—Hija, Melibea, quédesse esta muger honrada contigo, que ya me parece que es tarde para ir a visitar a mi hermana, su muger de Cremes, que desde ayer no la he visto, y también que viene su paje a llamarme, que se le arrezió desde un rato acá el mal...

CELESTINA.—¿Y qué mal es el suyo?

ALISA.—Dolor de costado, y tal, que según del moço supe que quedava, temo no sea mortal. Ruega tú, vezina, por amor mío, en tus devociones, por su salud a Dios.

CELESTINA.—Yo te prometo, señora, en yendo de aquí, me vaya por esos monesterios, donde tengo frailes devotos míos, y les dé el mismo cargo que tú me das; y demás desto, ante que me desayune, dé quatro bueltas a mis cuentas (1).

ALISA.—Pues, Melibea, contenta a la vezina en todo lo que razón fuere darle por el hilado; y tú, madre, perdóname, que otro día se verná en que más nos veamos.

(1) Rosario.

CELESTINA.—Señora, el perdón sobraría donde el yerro falta; de Dios seas perdonada, que buena compañía me queda: Dios la dexé gozar su noble juventud y florida mocedad, que es el tiempo en que más plazer y mayores deleites se alcançarán, que a la mi fe, la vejez no es sino mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de renzillas, congoxa continua, llaga incurable, manzilla de lo pasado, pena de lo presente, cuydado triste de lo por venir, vezina de la muerte, choça sin rama que se llueve por cada parte, cayado de mimbre que con poca carga se doblega.

MELIBEA.—¿Por qué dizes, madre, tanto mal de lo que todo el mundo con tanta eficacia gozar y ver dessean?

CELESTINA.—Dessean harto mal para sí; dessean harto trabajo; dessean llegar allá, porque llegando viven, y el vivir es dulce, y viviendo envegescen. Assí que el niño dessea ser moço, y el moço viejo, y el viejo más, aunque con dolor; todo por vivir, porque como dizen: «viva la gallina con su pepita». ¿Pero quién te podría contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frío, su calor, su descontentamiento, su renzilla, su pesadumbre, aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos su primera y fresca color, aquel poco oír, aquel debilitado ver, puestos los ojos a la sombra, aquel hundimiento de boca, aquel caer de

dientes, aquel carecer de fuerza, aquel flaco andar, aquel espacioso comer? Pues, ¡ay, ay, señoral, si lo dicho viene acompañado de pobreza, allí verás callar todos los otros trabajos quando sobra la gana y falta la provisión, que jamás sentí peor ahito que de hambre.

MELIBEA.—Bien conozco que dize cada uno de la feria segund le va en ella, assí que otra canción cantarán los ricos.

CELESTINA.—Señora, hija, a cada cabo ay tres leguas de mal quebranto; a los ricos se les va la bienaventurança, la gloria y descanso por otros alvañares de asechanças que no se parescen, ladrillados por encima con lisonjas...

MELIBEA.—Madre, pues que assí es, gran pena ternás por la edad que perdiste. ¿Querriás bolver a la primera?

CELESTINA.—Loco es, señora, el caminante que enojado del trabajo del día quissiese bolver de comienço la jornada para tornar otra vez aquel lugar, que todas aquellas cosas cuya posesión no es agradable, más vale poseellas que esperallas, porque más cerca está el fin dellas quanto más andado del comienço; no ay cosa más dulce ni graciosa al muy cansado que el mesón, assí que aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la dessea, porque el que de razón y seso carece, quasi otra cosa no ama sino lo que perdió.

MELIBEA.—Siquiera por vivir más, es bueno desear lo que digo.

CELESTINA.—Tan presto, señora, se va el cordero, como el carnero; ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan moço que oy no pudiesse morir; assí que en esto poca ventaja nos leváis.

Fernando de Rojas

(De la comedia «Calisto y Melibea».)

«La Celestina» es el primer ensayo de la prosa dramática española.

Su autor, D. Fernando de Rojas, descendiente de una familia de judíos conversos, fué alcalde mayor de Talavera de la Reina, y el escritor que con mayor naturalidad y elegancia se expresó en idioma castellano en el siglo XV. Refleja con suma fidelidad los cuadros de costumbres de aquellos tiempos.

De su obra «Calisto y Melibea» o «La Celestina», dijo Menéndez Pelayo, que si Cervantes no hubiera existido, ocuparía el primer lugar entre las obras de imaginación compuestas en España.

Tiene el defecto, no obstante, de emplear a veces algunos latinismos, cuando ya el castellano poseía suficientes palabras y giros para sustituir a aquéllos muy dignamente.

BIOGRAFÍA DEL MARQUÉS DE SANTILLANA

Don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, e conde del Real de Manzanares e señor de la casa de la Vega, fijo del almirante don Diego Furtado de Mendoza, fué hombre de mediana estatura, bien proporcionado en la compostura de sus miembros e fermoso en las facciones de su rostro, de linaje noble castellano e muy antiguo. Era hombre agudo e discreto, e de tan gran corazón, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placía entender.

En la continencia de su persona, e en el razonar de su fabla mostraba ser hombre generoso e magnánimo. Fablaba muy bien, e nunca le oían decir palabra que no fuese de notar, quier para doctrina, quier para placer. Era cortés e honrador de todos los que a él venían, especialmente de los hombres de ciencia...

Fue muy templado en su comer e beber, y en esto

tenía una singular continencia. Tovo en su vida dos notables ejercicios, el uno en la disciplina militar, el otro en el estudio de la ciencia; e ni las armas le ocupaban el estudio, ni el estudio le impedía el tiempo para platicar con los caballeros y escuderos de su casa en la forma de las armas necesarias para defender, e quales avian de ser para ofender, e como se avia de ferir el enemigo, e en que manera avian de ser ordenadas las batallas e la disposición de los reales: cómo se avian de combatir e defender las fortalezas, e las otras cosas que requiere el ejercicio de la caballeria; e en esta plática se deleytaba por la grand habituación que en ella tobo en su mocedad. E porque los suyos supiesen por experiencia lo que le oían decir por doctrina, mandaba continuar en su casa justas, e ordenaba que se ficiesen otros ejercicios de guerra, porque sus gentes, estando habituadas en el uso de las armas, les fuesen menores los trabajos de la guerra.

Gobernaba, asímismo, con gran prudencia, las gentes de armas de su capitania, e sabía ser con ellos señor e compañero, e ni era altivo con el señoría ni raez en la compañía, porque dentro de sí tenía una humildad que le hacía amigo de Dios, e fuera guardaba tal autoridad que le hacía estimado entre los hombres.

.....
Conóscidas por el rey don Juan las claras virtu-

des deste caballero, e cómo era digno de dignidad, le dió título de marqués de Santillana e le fizo conde del Real de Manzanares, e le acrescentó su casa e patrimonio. Era muy zeloso de las cosas que a varón pertenescía facer, e tan reprehensor de las flaquezas que veia en algunos hombres, que como viesse llorar a un caballero en el infortunio que estaba, movido con alguna ira le dixo: «¡Oh quan digno de reprehensión es el caballero que por ningún grave infortunio que le venga derrama lágrimas, si no es a los pies del confesor!»

Era hombre magnánimo, e esta su magnanimidad le era ornamento e compostura de todas las otras virtudes.

Solía decir a los que procuraban los deleytes que mucho más deleytable debía ser el trabajo virtuoso que la vida sin virtud, quanto quier fuese deleytable.

Este caballero ordenó en metros los proverbios que comienzan: «Fijo mío, mucho amado», etc., en los quales se contienen quasi todos los preceptos de la filosofía moral, que son necesarios para virtuosamente vivir.

Tenia gran copia de libros, e dábase al estudio, especialmente de la filosofía moral e de cosas peregrinas e antiguas. E tenia siempre en su casa doctores e maestros con quienes platicaba en las ciencias e lecturas que estudiaba.

· Fizo asímismo otros tractados en metros y en prosa muy doctrinales para provocar a virtudes e refrenar vicios. Y en estas cosas pasó él lo más del tiempo de su retraimiento.

Tenia gran fama e claro renombre en muchos reynos fuera de España; pero reputaba muy mucho más la estimación entre los sabios que la fama entre los muchos.

Hernando del Pulgar

Aún existe, después de tantos siglos, y vive en un magnífico hotel del Paseo del Prado, de Madrid, el Marqués de Santillana: el descendiente directo del biografiado aquí por Hernando del Pulgar.

Al leer este trozo recordarás, indudablemente, la época aquella de señores y vasallos, de justas y torneos, de castillos y trovadores, tantas veces cantados por nuestros poetas.

CUENTO DE LA LECHERA

Señor Conde, dixo Patronio: una mujer fue que avie nombre doña Truhana, et era assaz más pobre que rica; et un dia yba al mercado, et levaba una olla de miel en la cabeça. Et yendo por el camino, comenzó a cuidar que vendería aquella olla de miel e compraría una partida de huevos, et de aquellos huevos nazcerian gallinas, et después de aquellos dineros que valdrian compraría ovejas. Et assi comprando, de las ganancias que faria, fallóse por más rica que ninguna de sus vecinas.

Et con aquella riqueza que ella cuidava que avía, asmó (1) que casaría sus fijos et fijas, et como dirian guardaba por la calle con yernos et con nueras. Et como dirían por ella como fuera de buena ventura en llegar a tan grant riqueza, seyendo tan pobre como solía seer.

Et pensando en esto comenzó a reyr con grant

(1) Pensó.

plazer que avía de la de su buena andança, et en riendo, dió con la mano en su frente, et estonz cayol la olla de la miel en tierra et quebróse. Cuando vio la olla quebrada, comenzó a facer muy grant duelo, teniendo que avía perdido todo lo que cuydaba que avría si la olla non se quebrara. Et porque puso todo su pensamiento por finza vana, non se fizo nada al cabo de lo que ella cuidava.

Don Juan Manuel

(Nieta del rey San Fernando.)

(De «El Conde Lucanor».)

El argumento de este sugestivo cuento, que tantas veces habrás leído en prosa y en verso, ya no era original de don Juan Manuel, sino que por entonces corría de boca en boca.

Lo que él hizo fué recoger este y otros muchos cuentos en su célebre obra titulada *El Conde Lucanor*, leyendas que han venido transmitiéndose de padres a hijos, para deleite de los pequeñuelos y escuela moral de los mayores.

DELL IMPERIO DE NERO

ET LUEGO DE LOS FECHOS QUE CONTECIERON EN EL PRIMER
AÑO DE SU REGNADO

Luego que Claudio fué muerto, fincó Nero, su yerno, por emperador de Roma et de todo ell imperio; e avíe dizeocho años quando començó a regnar, e regnó dizitres años et ocho meses...

Este Nero era mesurado de cuerpo, ni muy grand ni muy pequeño, pero avíelo todo lleno de manziellas et de mal olor; avíe los cabellos castaños et la cara fremosa más que de buen donario; no avíe el viso claro, ni veíe bien de los ojos; la cerviz avíe delgada et el vientre colgado, et las piernas muy delgadas. Seyendo niño aprisiera todas las siet artes: et desque se partió daquel estudio, fué muy sutil en assacar de suyo cosas nuevas; assí que trobava muy de grado, et faziélo sin tod affán. E fué de pintar muy maestro a maravilla et de fallar de nuevo muchas estrañas pinturas.

.

E sabet que entre todas las otras cosas que ell emperador Nero aprisiera seyendo niño, aprisso ell arte de la música maravillosamiente; et de todas las cosas que los músicos provaron pora mantener las voces et las aver más altas et más claras, nunca él dexó ninguna que las todas no prouase et las no usasse cada día; ca muchas ueces tomava una grand tavla de plomo, et echávasse tendudo en tierra, et poníela sobre sus pechos, et suffríela allí muy grand pieça; e con sabor de cantar, alimpiava ell estómago más vezes et de más maneras que no conviníe; dexaba de comer las maçanas et todos los otros manjares que empeecíen a la voz.

Estava un día cantando en el teatro, et tremió la tierra assoora, et estremeciósse el teatro todo, de guisa que se espantaron todos quantos y estaban; mas tan grand sabor avíe el de cantar, que por todo el miedo non quedó fasta que ovo acabado su cantiga. E este desvergonçamiento de cantar en los teatros cuemo joglar fué él tomando poc a poco; ca luego en el comienço cantava encubiertamiente en los juegos que fazíe en su poridad con sus privados et con los joglares de su casa; e desí fuélo faziendo en los theatros ante las gentes; et vencié a todos los joglares de quantas maneras de joglería ellos podien assacar. E era omne que andava much a menudo en su carro por tal que lo catassen las gentes. E non cumplíe de usar destas artes del cantar en

la cibdat de Roma tan solamiente, ante lo fazie muchas veces en los puertos de Achaya et en todas las cibdades o avién en costumbre de trobar et cantar a porfía.

.
Mientras él cantaba en el theatro, no era ninguno osado de se partir ende, ni ir a ningun lugar por cosa que mester le fuesse; e tanto durava i et tan affincadamiente lo fazie, que alguno de los que estaban y veyéndolo, tan enojados eran de lo oír et de loallo con miedo, que por razón que estaban cerradas las puertas de los castiellos o de las villas, dexávanse despeñar a furto por los adarves a dentro, et dellos faziense muertos por tal que los llevassen ende.

E viniendo una vez de Grecia a Roma, entró en la cibdat en aquel carro mismo en que Octaviano Augusto venciera sus batallas, et traíenlo cavallos blancos, et él vistie unos paños de pórpola lavrados a estrellas doro, et traie en la cabeça una corona tal cuemo la dell ídolo de Júpiter e otra en la mano diestra cuemo la de Phiton, et ivan antél grandes compañías de joglares cantando las cantigas et diciendo las fablas de que los él venciera, et contando los logares en que contesciera cada una cosa; e ivan de pos él muchas gentes faziendo muy grandes alegrías; e los cavalleros et los nobles omnes llamávanlo el su vencedor, et faziénle derramar açafrán

por las carreras; et yendo él sobrello much a passo, fazienle sacrificios de muchas naturas. E fazie pintar todas sus imágenes a manera de joglar, tañiendo cítolas et otros estrumentos. Et por quel porfazó dello un joglar una vez, firiólo muy mal.

E tan grand estudio ponie en guardar la voz, cuemo uos de suso dixiemos, que por tal de la guardar, cuando avié de llamar algun cavallero, otri lo llamava por él, et lo quel avié a dezir, dizié-gelo muy quedo. E en el logar de los juegos nunca fazié ninguna cosa a menos de seer í el maestro de las voces quel castigasse cuemo fiziesse et que no quexasse mucho las venas.

A muchos prometie su amor porque lo loavan mucho: a algunos prometiógelo cuemo por encubierta, porque lo no loavan tanto como él querie.

Luego de comienço fué glotón et de gran luxuria et muy cobdicioso, mas ívalo començando poc a poco et encubiertamiente...

DE LO QUE CONTECIÓ
EN ELL AÑO CATORZENO

... E quando Nero oyó aquestas nuevas de cuemo las Españas eran alçadas et Galba con ellas, tóvose por muerto, et desmayó tanto, que allí perdió toda esperança de bien, assí que yógo por muerto una gran pieça sin fablar; et desque acordó, rompió sus paños et firióse mucho en la cabeça, llamando: «Mesquino, ¿qué será de mí?»...

Estando Nero en Roma en esta cueyta, los mandaderos diéronle las cartas a la tabla o seíe yantando; et con pesar que ovo, trastornó la mesa, et dos vasos que tenía muy preciados, quebrantólos. Et tomó ya quanto de poçón et encerrólo en una buxeta. Et envió algunos de sus afforrados, daquellos en que se él más fiava, a la cibdat de Ostia a guisar una nave en que fuxiesse. E desí cometió en poridat a alguno de los tribunos et de los centuriones si querían foyr con él. Et los unos nol querían responder, et ivan su vía; los otros dizienle descubiertamente que no querían...

.

Començó a pensar Nero en muchas guisas por tal de no aver a obedecer a Galba, et asmó si saldríe al mercado de la cibdat, et que se parasse en medio de tod el común, et pidiesse mercet a todos quel perdonassen los males que fiziera fasta entonce; mas ovo miedo que si allá saliesse, ante que al mercado llegasse, sería todo despeçado; et por ende dexó este cuidar fasta otro día, et echóse a dormir. A la media noche despertó, et envió mandaderos por todas las casas de sus amigos, que los despertassen et les dixiessen que les rogava que viniessen fasta él. Et ni vinieron los amigos, ni tornaron los mandaderos. E quando él vió aquesto, levantóse, et tomóse con muy pocos, et fué a todas las casas de sus amigos; et nol quiso abrir ninguno; et con

grand cueyta tornósse pora su casa, et no falló í ninguno de todas sus guardas, ca fuxieran todos; ca assí cuemo él non se fiava en ninguno, otrossí ninguno non se fiava en él.

.

E quando Nero se vió assí desamparado de todos, andó por sus palacios buscando alguno que lo matasse et no falló. Entonce dixo: «¿Ni é yo amigo, ni enemigo?» Et assí cuemo estava, descalço et en saya, fué corriendo quanto pudo por se echar en el río de Tibre; mas desque llegó allí, repintiósse; et assí cuemo fué, assí se tornó apriessa, pensando de buscar algún lugar ascondido en que assossegasse so corazón. E vistiósse otra vestidura sobre la saya, et cubrió la cabeça et puso un alquiná ante la cara; et assí descalço como estava, cavalgó en su cavallo, et quatro compañeros con él tan solamiente. Et desque llegó al lugar o quería ir, que es a una legua et a un migero de la villa, arrendó so cavallo en una espessura a unas çarças et a unos árvoles; et él fuese a pie por un sendero que se desviava a una casiella que estava í escondida en muy fuerte lugar et much esquivo. Et tanto era el sendero áspero de andar et lleno de çarças, que se ovo a despojar aquella vestidura que vistíe et a echarla tenduda sobre los çarçales, porque estava descalço, et andar sobrella de pies et de manos; et rompiósse toda la vestidura; et llegó él a aquella casiella a grand pena,

andando por cuevas e por peñas. E cuemo vinié cansado, echósse a dormir en un lecho muy pobreziello que í estava duna cócedra pepueña et cubierto dun paño viejo et roto.

Otro dia mañana, los que vinieran con él consejávanle que se fuesse et no suffriese tanto porfazo; mas él tenié en coraçon de se matar, et mandó fazer allí ante sí una fuessa a medida de su cuerpo; et desque fué fecha, mandó traer agua con que lo bañassen et fuego con que lo quemassen. E estava Nero llorando et faziendo llanto de quantos males le contescíen, et dizíe: «¡Ay que sutil maestro se pierde oy en mí!» E él tardando en aquesto, vino de Roma un mandadero a aquel lugar, quel dixo que todo el senado de Roma lo avíen dado por juizio por enemigo de los romanos, él mandavan buscar pora matallo. E quando él oyó aquesto, fue much espantado, et dos cuchiellos que troxiera consigo, sacólos et començó a catar qual era más agudo; et desí tornólos en sus vainas diziendo que aun no era venida la ora de la su muerte. A las vezes castigava a aquellos sus compañeros que llorassen et fiziessen llanto por él; a las vezes quel dixiessen exiemplos dalgunos que se mataran, por tal de avivalle el coraçón que se pudiesse él matar; a oras denostava la su pereza.

E éll estando en esto, ívanse ya llegando a aquel lugar los cavalleros que enviaran depós él los roma-

nos que lo prisiessen et lo levassen vivo. E tanto que lo él sintió, sacó ell un cuchiello et metiósselo por el coraçón, con ayuda pero dell uno de los que í estavan, que primió el cuchiello. E en muriendo, teníe los ojos torvados et tan feos que se espantaron quantos lo veíen.

E desta guisa murió Nero ell emperador, seyendo en edat de treinta et dos años; acabósse en él et fué desfecha et destroída toda la compañía de César Augusto, de cuyo linaje él descendíe.

Alfonso X el Sabio.

(De la «Crónica general de España»)

¿Te han interesado los anteriores pasajes de la historia de Nerón?

Ten en cuenta que solamente con ellos, a pesar de su veracidad, no puedes formarte una idea completa de lo que fué y de lo que representó en la Historia. Aquí únicamente se relatan algunos aspectos de su vida. Si te interesa ésta debes buscarla en otros libros especiales.

Lo que ahora importaba es que vieras la forma de escribir de los españoles del siglo XIII, fecha en que Alfonso el Sabio declaró idioma oficial el hasta entonces romance castellano.

Conclusión

... Y hemos llegado, pequeño lector, al final de este librito. Te hemos presentado en él los mejores y más característicos trozos de nuestra literatura en cada una de sus épocas, para despertar en ti la afición a la buena prosa. Ahora, busca y lee con detenimiento las muchas y excelentes obras de los grandes Maestros que por aquí han desfilado, y aficiónate a escribir. Si, como esperamos, lo haces así, quizá mañana merezcas la honra de figurar en las antologías que hagan los seleccionadores que te sucederán, ya que, cuando se tiene un poco de talento y firme voluntad, logra uno lo que se propone.

ERRATA

En el comentario de la página 128, dice: «Vía-Sacra», y debe decir «Vía-Appia».

INDICE

	<u>Página</u>
AL MAGISTERIO.	6
Jacinto Benavente: <i>Carta infantil</i>	7
Idem: <i>Lección de Pedagogía</i>	10
Idem: <i>Lección de amor</i>	12
Gregorio Martínez Sierra: <i>Hila tu rueca, araña</i>	13
J. y S. Alvarez Quintero: <i>Alegría</i>	16
José Martínez Ruiz («Azorín»): <i>El prisionero</i>	19
Juan Ramón Jiménez: <i>Juegos del anochecer</i>	21
Ricardo León: <i>Himno a Castilla</i>	23
Antonio Zozaya: <i>La leyenda del Pope</i>	25
Armando Palacio Valdés: <i>La romería</i>	30
Benito Pérez Galdós: <i>Historia de dos hijos del pueblo</i>	33
Marcelino Menéndez y Pelayo: <i>Cultura literaria de Cervantes</i>	40
Emilia Pardo Bazán: <i>El ciego</i>	46
Leopoldo Alas («Clarín»): <i>¡Adiós, Cordera!</i>	52
José María de Pereda: <i>La cabaña llega</i>	61
Pedro Antonio de Alarcón: <i>La Nochebuena del Poeta</i>	70
Emilio Castelar: <i>Elogio de España y de la Lengua española</i>	76
Eduardo Benot: <i>Lujo y caridad</i>	84

Concepción Arenal: <i>Cuadros de la guerra</i>	91
Ramón Mesonero Romanos: <i>Madrid a la luna</i>	100
Fernán-Caballero: <i>El entierro de un niño en la sierra</i>	114
Conde de Toreno: <i>Descripción de Zaragoza</i>	116
Alberto de Lista: <i>Del régimen municipal</i>	119
Leandro Fernández de Moratín: <i>Viaje a Italia</i>	123
José Francisco de Isla: <i>Carta a su hermana</i>	129
Fray Benito Jerónimo Feijóo: <i>El rico y el pobre</i>	131
Antonio de Solís: <i>Arenga de Hernán Cortés a sus soldados</i>	134
Francisco de Quevedo: <i>Pablillos, el picaro</i>	136
Miguel de Cervantes Saavedra: <i>La gitanilla</i>	139
Juan Mariana: <i>Descripción de Valencia</i>	145
Fray Luis de León: <i>Nombres de Cristo</i>	147
Pedro de Rivadeneira: <i>San Ignacio</i>	149
Santa Teresa: <i>Cuenta cómo pasó su primera edad</i>	150
Fray Luis de Granada: <i>La granada</i>	153
Antonio de Guevara: <i>Carta a Don Enriquez</i>	155
Fernando de Rojas: <i>La Celestina</i>	159
Hernando del Pulgar: <i>Biografía del Marqués de Santillana</i>	164
Don Juan Manuel: <i>Cuento de la lechera</i>	168
Alfonso X el Sabio: <i>Dell imperio de Nero</i>	170
<i>Conclusión</i>	178

Los mejores libros de lectura:

TRAZOS.—Método para aprender a leer, escribir y dibujar, por J. Demuro.

Cartilla 1.^a, 0,10 pesetas.

Cartilla 2.^a, 0,15 pesetas.

Cartilla 3.^a, 0,15 pesetas.

El Abecé, por J. Plaza, 0,15 pesetas.

Catón «Rasgos», por J. Demuro, 0,90 pesetas.

¿Quieres que te cuente un cuento...?, por J. Demuro, 1,00 peseta.

Biografías de niños célebres, por J. Demuro, 1,00 pta.

Manuscrito Moderno, por J. Demuro, 1,50 pesetas.

Enciclopedia Infantil, libro de lectura, por Herminia García, 1,50 pesetas.

Selección de Prosistas Castellanos, libro de lectura y de iniciación al estudio del idioma, por J. Demuro.

Selección de Versos Españoles, libro de lectura y de iniciación al conocimiento de la poesía castellana, por J. Demuro.

Las Artes en la Escuela, libro de lectura, por L. Huerta, 2,25 pesetas.

Las Ciencias en la escuela, por A. R. Charentón (1.^a parte), 1,75 pesetas.

Las Ciencias en la escuela, por A. R. Charentón (2.^a parte), 1,75 pesetas.

Las Ciencias en la escuela, por A. R. Charentón, las dos partes en un solo volumen, 2.^a edición, 3,00 ptas.

Correspondencia escolar, por J. Demuro, 3,00 pesetas.

Desarrollo del buen sentido, por P. De Vuyst, 2,00 pesetas.

El canto regional en la escuela primaria, por el Maestro Rocamora y Campoamor. 3,00 pesetas:

Modelos de trabajo manual. Cuaderno número 1, 2,00 pesetas.

El Tejido y sus aplicaciones. Cuaderno número 2 de trabajo manual, 3,00 pesetas.

Frisos: Número 1, En el campo; número 2, Escenas holandesas; número 3, En la playa; número 4, Estío. Cada uno, 0,40 pesetas.

El Arte en la escuela. (Dibujos al clarión), 2,00 pesetas.

Método pedagógico de dibujo, dividido en tres grados, con 30 láminas cada uno, por Víctor Masriera. Cada grado, 2 pesetas.

Programa de Dibujo, dividido en seis grados, por el profesor Esbry. Muy útil para *Oposiciones*, 1,25 ptas.

Aritmética y Geometría, por J. Plaza, 0,30 pesetas.

Libro de visita de inspección. El más completo, el más práctico, el más elegante. Ejemplar, 2,00 pesetas.

Libro de asistencia escolar. Papel excelente, impresión inmejorable, sólida encuadernación. De 50 hojas, 3,00 pesetas; de 100 hojas, 5 pesetas.



PEDIDOS A JUAN ORTIZ, EDITOR

MARQUÉS DE TORRELAGUNA, 20 - CIUDAD LINEAL - MADRID

O A SU LIBRERÍA PEDAGÓGICA, DESENGAÑO, 18 - MADRID

Libros de gran interés

~ ~ próximos a publicarse ~ ~

1. **La escuela unitaria.** *Cómo funciona y cómo debe organizarse en los tiempos modernos*, por Manuel Alonso Zapata, maestro del grupo escolar Cervantes, de Madrid.
2. **La enseñanza del idioma**, por Carmen García Arroyo, profesora de la Escuela Normal de Maestras de Ciudad Real.
3. **Historia anecdótica del trabajo**, por Albert Thomas, director de la *Oficina Internacional del Trabajo*, en Ginebra. Traducción de Rodolfo Llopis, profesor de la Escuela Normal de Maestros de Cuenca.
4. **El cálculo mental rápido en la escuela primaria**, por Francisco Romero, profesor de la Escuela Normal de Maestros de Ciudad Real.
5. **Cómo se enseña el dibujo y las Bellas Artes en la escuela primaria**, por Lorenzo Gascón.
6. **Ortografía española**, por Luis Huerta.
7. **Análisis gramatical**, por Luis Huerta.
8. **Contabilidad comercial**, por Luis Torón Villegas, ingeniero.
9. **Código de etiqueta y distinción social**, por el Duque de Camposol.
10. **La cocina española**, por Alberto León.

PEDIDOS A JUAN ORTIZ, APARTADO 999. - MADRID

JUAN ORTIZ
EDITOR

Marqués de Torrelaguna, 20
Teléfono núm. 53910
Ciudad Lineal
Madrid